REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 5 DE DICIEMBRE DE 1921 | Nº 14-15

José Ortega y Gasset

POR FELIX C. LIZASO

[Al aparecer el primer número de *El Espectador*, esperado ansiosamente, nos eran familiares las «Meditaciones del Quijote» y el libro «Personas, obras, cosas...», que reune los primeros y mejores artículos dispersos de Ortega y Gasset.

Con aquellos libros en nuestra mesa, y con un entusiasmo desbordado (Ortega y Gasset fué leído con verdadera fruición durante unos meses en nuestro pequeño grupo) hicimos gran parte de estas apuntaciones, que después ampliamos mientras leíamos el segundo número de su publicación. No hay en ellas, en su mayor parte, sino unas pocas ideas del mismo autor—y algunas divagaciones a su margen—tomadas del conjunto de su propia obra; pero que en ella tienen relieve primordial. Hubiéramos querido que, dispuestas de cierto modo, se destacaran, haciendo resaltar alguna particular manera de su copioso pensamiento].

JOSE ORTEGA Y GASSET
Visto por COLUMBA
(Verbum. Buenos Aires, 1916).

"EL ESPECTADOR"

SE prolongan vanas discusiones en el ágora, y vidas enteras se pierden agotadas en perennes propósitos. Todo lo consume la plaza pública: el divino tesoro de la juventud y el privilegio inmarcesible del pensamiento. Se anquilosa el mundo bajo el imperio de la política:—lo útil como lo verdadero, luego la mentira. Y del utilitarismo como pensamiento, surge una llamada filosofía de lo práctico—el pragmatismo—que sólo con William James puede aparecer dignificada. El pensamiento «queda reducido a la operación de buscar buenos medios para los fines, sin preocuparse de éstos».

Espíritus voluntariosos van a la soledad en busca de refugio; posible será que con la paz del espíritu les llegue un poco de sabiduría. Así *El Espectador* fuese a la soledad, y la soledad sensibilizó prodigiosamente su alma joven, colmándola de innumerables inquietudes. Y allí elevó su promontorio de visionario, sobre los campos de la política. Promontorio expuesto a todos los vientos, a los grandes vientos del cosmos — y no torre de marfil — de donde se contempla ampliamente el espectáculo de la vida, tal como desde allí puede aparecer. Del gran Todo parten innumerables vertientes que van a coincidir en la conciencia de cada ser. Cada cual tendrá una visión distinta y particular de la vida, según la vertiente que en él se refracte; y una suma de todos los aspectos individuales, pudiera considerarse como una interpretación de la Unidad. Afanarse en precisar cuál sea para nosotros la sombra mística que seres y cosas proyectan sobre el mundo, sobre nuestro mundo, y proponer interpretaciones, será acercarse a la Verdad.

El Espectador conoce cuantas interpretaciones han dado los hombres al eterno enigma: ha empapado su espíritu en la filosofía griega, «fuente de fortaleza, porque le nutre con el vigor puro de su esencia prístina y aviva en él la luz flamígera de la inquietud intelectual» (Pedro Henríquez Ureña). Confiesa haber vivido varios años bajo el influjo de Platón, maestro de la ciencia de mirar. Y de Platón ha extraído, naturalmente, un misticismo desbordante, que cruza por sus meditaciones como un soplo vivificador. Misticismo es clara visión espiritual de las cosas y los seres, insinúa un supremo crítico de América, Manuel Díaz Rodríguez, en su «Camino de Perfección».

Y en sus primeros tiempos, según el propio Ortega y Gasset nos dice, los libros de Renán hubieron de calmarle ciertos dolores metafísicos que acometen a los corazones mozos sensibilizados por la soledad. Esta influencia de Renán es notoria, y en sus primeros ensayos se asemeja a aquel gran espíritu, semejante a Platón, según el juicio de Brunétiere. No se trata de filosofías sistemáticas—los tiempos de los sistemas han pasado ya—sino de aisladas meditaciones, ya sobre temas de alto rumbo, ya sobre motivos humildes. Todas, sin embargo, están unidas por un lazo de amor.

El Espectador no se contenta con mirar, en el sentido platónico,—que es sobrepasar nuestra limitación. Mira, y cuanto ve se filtra y depura por un caudal de conocimientos anteriores, para al fin esplender en amorosa meditación. La forma tangible de esa meditación, es lo que piadosamente nos ofrece.

EL MONASTERIO DEL ESCORIAL

TODO espectador supone un espectáculo y un punto de contemplación. (Aunque la vida no es un espectáculo, surge el modo espectacular de vivir al ponernos en relación inmediata con las cosas, y sólo como tal puede presentársenos). Una inteligencia perfecta sabrá buscar su sitio en el universo, su único sitio insustituible, hacia el cual convergerán todas las perpectivas circundantes. Presumimos que gran número de fracasos se han originado en la falta de la única y propia situación. De donde la historia de muchos fracasos sería la historia de una máquina descentrada.

El hombre que se sitúa allí donde es más propio su ritmo cordial, y en todo lo circundante encuentra como un complemento a sus ansias—y hasta un contraste inevitable—puede creer que ha descubierto en el espacio su piedra angular. Su palabra nos llegará siempre como retumbando desde aquella colina imaginaria hasta introducirse o rebotar en nuestro corazón. Es así interesante observar cómo la mayor parte de los hombres representativos se nos aparecen siempre en una particular actitud, con la cual, esparciendo su mirada, han sorprendido el chorro raudo de la vida. Sócrates (a través de Platón), nos parece como que cazara sus

pensamientos a la sombra de los plátanos de Atenas, orillas del Iliso; Kant meditó su sistema a lo largo de la Avenida de Koenisberg, bajo los altos tilos; Beethoven arrancó a la naturaleza, con amor entrañable, el secreto de su desbordante alegría en el dolor. Nos será frecuente, al pensar en ellos, representárnoslos como si estuvieran en aquella actitud preferida.

El Espectador ha situado su centro cosmológico en el monasterio del Escorial. Algún día se dirá cuánto haya influido en su serenidad el contacto de la austera maravilla, que por su sola severidad y leyenda ha de conducir a la meditación. Nosotros no tenemos del tal monasterio sino confusas *menciones*, referencias a él. Sabemos algo que el mismo *Espectador* nos dice, ya del manto de espesura tendido a las plantas del edificio, modificando su carácter en sucesivas estaciones con el vario matiz del follaje «que es en invierno cobrizo, áureo en otoño y de un verde oscuro en estío», ya del curvo brazo que extiende hacia Madrid la sierra del Guadarrama, y que del Escorial se mira.

Sucederá, y será lo frecuente, que *El Espectador* fije muchas de sus meditaciones lejos del vetusto monasterio; pero nada importa: todos sus pensamientos participarán de la grandiosa austeridad del Escorial, «rigoroso imperio de la piedra y la geometría», en que nos dice haber asentado su alma.

EL HILO DE ARIADNA

LA meditación es, por excelencia, la forma abstracta del pensamiento. No sabríamos decir si es superior al tratado perfecto, que va estrechamente a su demostración; pero es lo cierto que para nosotros tiene singular atractivo. Su trayectoria no es la de la flecha, como en el tratado; casi pudiera decirse que no tiene trayectoria, sino que es un ir y venir por inesperados vericuetos, sorprendiendo formas y matices nuevos y tenues, en una perpetua agilidad del pensamiento. La lectura de un libro, el vuelo de unas aves, un hombre que pasa junto a nosotros, todo es susceptible de despertarnos múltiples e incoherentes ideas, que en un prodigio de inconsciencia van ligándose entre sí. Todas las perspectivas son capaces de interesarnos, y en toda cosa puede hallarse un amado secreto y de toda cosa puede venirnos una emoción pura.

El interés y el valor de toda vida no consisten sino en un cambio perenne de perspectivas. Para el hombre que medita, el simple hecho de la vida tiene singular interés. Se comprende, por eso, que no sea totalmente desinteresado en su meditación, aun siendo lo abstracto su feudo preferido. A nosotros nos gustarían meditaciones siempre resplandecientes, sin tintes opacos de utilitarias intenciones. Mas, ¿cómo exigir que nos desprendamos de la gran legión de nuestros sentimientos? Mejor que nuestras ideas, son ellos los que abren el camino a nuestras predilecciones. Toda idea que llega a despertar nuestro interés debe estar asociada a un sentimiento, aunque sea remota e imperceptiblemente, como si una invisible cadena fuera del corazón al cerebro, y no pudiera existir un pensamiento absolutamente desinteresado. Ya vaya hacia afuera y se dé, ya se recoja hacia adentro y anide en nosotros, todo sentimiento o toda idea participará de uno o de otro impulso; mas no podrá situarse en el justo límite en que el mundo desaparece y comienza nuestro dominio espiritual.

Con todo, siendo lo abstracto lo que más se acerca al renunciamiento, y la meditación su forma adecuada, es obvio que en la meditación se llega al máximo desprendimiento, o que, por lo menos, se está lejos del interés inmediato, de la finalidad práctica. El pensamiento parte de una intuición cualquiera, se expande a todos los vientos, y adquiere una desmedida amplitud, abarcando en vuelo raudo, las cosas todas del cielo y de la tierra. Y al fin de ese vuelo magnífico, los infinitos pensamientos nos aparecen indisolublemente ligados, como si, al entrar en ellos, hubiéramos llevado el hilo de Ariadna entre los dedos.

LA FUENTE SOTERRADA

PARALELA al curso de nuestra vida, acaso sintamos que, oculta por la niebla de lo impenetrable, corre una segunda vida también nuestra, pero situada fuera de nosotros mismos. El hombre contemplativo, amante del supremo ocio clásico, con frecuencia remoza su pensamiento en aquella fuente de aguas impalpables, que cruza a dos pasos de él, y que, en la quietud de la tarde se siente mover lentamente, con un leve temblor que sólo el espíritu percibe. Es el momento en que nuestra vida no nos pertenece, y los pensamientos se agigantan y adquieren una amplitud desmedida y universal. Hay un silencio imponente, un maravilloso silencio que se ve bajar del cielo, junto con el sol que desciende. Y se descubre en cada cosa, en el bosque lejano, en la montaña augusta, en la menuda hierba y en el insecto que pasa, un alma peculiar e inaprehensible, tan escondida y profunda como la nuestra. Ninguna cosa tendría significado para nosotros, si en ella no sospecháramos la posibilidad de ser algo más de lo que parece. Y esta posibilidad se revela en ellas mismas, y se realiza en nosotros; de manera que las cosas tienen una existencia en sí, un valor relativo, y un sentido íntimo, diferente y superior, un valor trascendente por el que se enaltecen.

Vemos a lo lejos la selva. ¿Qué es la selva? Ninguna definición podrá sugerirnos su esencia de vaguedad misteriosa, de majestuosidad sombría: tendrá que ser absolutamente externa y, sobre todo, interesada. Sí, en cambio, reconcentramos nuestro espíritu en ella, creeremos percibir que llega hasta nosotros un húmedo latido de profundo misterio. A la distancia el bosque se siente por una impresión perfectamente definida; mas si quisiéramos penetrar en él, no podríamos apresar su cambiante y azuloso espíritu. «El bosque está siempre un poco más allá de donde nosotros estamos». «De donde nosotros estamos acaba de marcharse y queda sólo su huella aún fresca». Bosque o montaña o insecto pueden representar, espiritualmente, simbólicas emanaciones que tienen significado en nuestro ser: hay una resonancia entre nuestro espíritu y los infinitos espíritus que pueblan nuestra vida paralela, fuera de nosotros. (Si el espíritu, por su naturaleza absolutamente sutil, sólo debe conocer lo similar, de las cosas únicamente percibirá su esencia trascendente). Ni aun a nuestra propia existencia debemos buscar sentido sino en las revelaciones de esa segunda vida, en la cual se elaboran nuestros mejores designios, adquieren realidad los recuerdos, y maduran nuestros pensamientos. Cuando recordamos, apoyada la cabeza en la mano, sentimos que el recuerdo nos invade, que viene a nosotros de afuera, como una nube azul, ligera y adormecedora. Un pensamiento olvidado, que ya suponíamos perdido irremisiblemente, se nos acerca, solícito, un buen día, sin intenciones y sin motivos.

He ahí cómo la meditación perfecciona el obtuso sentido, y por qué el ser sensible encuentra en ella el más puro goce. El espíritu se enaltece y

---

POR LAS VENTANAS

En mi prisión oscura
tengo ventanas,
abiertas a las luces
de la alborada.
Y aunque preso me encuentro
mi vista abarca
desde el mar, a la estrella
blanca y lejana...
Mi prisión tiene puertas,
pero cerradas.
¡El Silencio las guarda
con siete espadas!...
Carcelero Silencio,
por las ventanas
miro todo el Misterio,
que tú me guardas!

CARLOS LUIS SÁENZ.

Costa Rica, X.-26.-921.

(Envío del autor).

va siempre a buscar más allá, más adentro, en la propia fuente soterrada que cruza a sus pies, las puras y frescas intuiciones de la vida. Un amor le anima, y la quietud se hace propicia al milagro.

LA IMITACION DE LAS COSAS

LAS cosas suponen en orden preestablecido, colocado por encima de nosotros, al que nos es fatal someternos, cuando menos, e interpretarlo si queremos vivir la vida con toda plenitud. Penetrarnos de las cosas, trabar intimidad con ellas, equivale a hallar en su tercera dimensión—dimensión de profundidad—múltiples e insospechadas perspectivas que ampliarán infinitamente nuestro mundo de realidades. Las cosas son como intermediarias entre nuestro espíritu y la vida, y para quien no sepa hallar en ellas su oculto sentido, no será comprensible el sentimiento trágico de la existencia. «Por los ojos te salvarás», ha dicho Alfonso Reyes, y ya Goethe había expresado: «El órgano con que yo he comprendido el mundo es el ojo». La vida plena nos llegará de nuestro trato amoroso y comprensivo con lo que llamamos inanimado; y hasta posible será que después de mucho andar, nos lleven a encontrarnos a nosotros mismos. «Abracémonos a las hermanas cosas, nuestras maestras; ellas son las virtuosas, las verdaderas, las eternas», dice Ortega y Gasset en el lenguaje de Francisco de Asís. Abracémoslas, abrámosles nuestro corazón, que ellas en cambio nos prodigarán tesoros de emociones. Mas en vano nos acercaremos a las cosas si no vamos alentados por el afán de comprender, porque sólo ante el amor ellas dejarán de ser herméticas.

Laten mil corazones en el viento (¿corazones de las cosas?) y el tosco oído no percibe su rumor. Mas ello nada prueba. Llega un Rodembach o un Francis Jammes, y a través del amor interpreta las misteriosas palpitaciones del silencio, del estanque dormido, y aun la vocesita algo cascada del viejo aparador familiar.

Recuerda Ortega y Gasset la luz de Rembrandt, la atmósfera lumínica e irradiante en que aparecen envueltos los más humildes objetos como si el artista hubiera querido santificarlos con la aureola de la plenitud. Esto que con su luz hacía el autor de la «Ronda Nocturna», hagámoslo nosotros con nuestro amor, derramándolo sobre las cosas circundantes, que ellas resplandecerán con el más prístino brillo, mostrándosenos en todo su posible sentido y esplendor.

AMOR INTELLECTUALIS

HUBO un tiempo en que vivieron hombres consagrados al más puro desinterés y al más acendrado amor intelectual. Ellos sabían despertar las inteligencias, llevándolas a la serena cumbre de la especulación, tal como Leibnitz hizo. Era el mundo menos utilitario, y los hombres concedían más importancia a la vida espiritual.

Mucho se ha perdido de entonces acá; el lazo de amor que atraía las inteligencias es difícil hallarlo en nuestro tiempo, en que no existen sino ezfuerzos individuales y aislados. Faltan los hombres de buena voluntad, y cuando aparece uno, vemos con asombro cómo es aún posible resucitar el clásico amor especulativo. Si nos trae una doctrina de amor, él podrá cosecharnos aquella secreta abundancia de la verdad, de que Nietzsche hablaba, y muchos seguirán su ejemplo, creando como un fresco oasis intelectual en la aridez de la arena.

En torno a ese hombre surgirán otros espíritus contemplativos, contagiados de su anhelo, que afanosamente buscarán también su verdad. Y ved cómo irá levantándose, por la virtud de un espíritu selecto, un claro templo de amor en que, integrándose con todas las verdades singulares, podrá surgir al fin un aspecto de la verdad única.

No otro que José Ortega y Gasset pudiera ser para los españoles, aparecido en un instante de ansiedad, en que los espíritus necesitaban orientación. El ha traído esa doctrina de amor de que tanto menester había, y la ha ofrecido piadosamente a la juventud, «presentándoles el espectáculo de un hombre agitado por el vivo afán de comprender». Es esta la actividad de amor que él quiere contagiar a los demás: el *afán de comprensión*.

POLITICA Y LITERATURA

A propósito de las dos tendencias fundamentales que lo solicitan — la filosofía y la literatura — sospecha Alfonso Reyes que «la primera, ayudada por cierta pendiente de su temperamento, lo arrastra fácilmente hacia la política». La política es el peligro, la constante amenaza contra la cual todos debemos precavernos. Tratándose de un «pensamiento vigoroso» como el de Ortega y Gasset, y de una vocación estricta hacia la filosofía, como nos ha parecido la suya, creemos que le será fácil prevenirse, desdeñando el campo impuro de la política, en que se halla el pasto más propicio al desengaño y a la esterilidad. Para un pensamiento vigoroso, la política no puede ser una vocación; será, en todo caso, un doloroso elemento de tragedia. Pensemos, además, en que después de «Vieja y nueva política», que fué su primer libro, Ortega y Gasset nos dió las insuperadas páginas de «Meditaciones del Quijote» y los dos volúmenes de *El Espectador*. La política dió tema al primero; los demás son libres meditaciones de sentido filosófico casi siempre; personales y excelentes ensayos literarios otras veces; pero la política ha quedado relegada a incidentales menciones exclamativas, y tenemos la esperanza de que alguna vez quede relegada al olvido. Como dice Alfonso Reyes «Ya reacciona él solo, por espontánea nobleza, contra su único y verdadero peligro».

Comprendemos que le haya preocupado el desenvolvimiento político de su patria: pero en política es posible aplicar, como en lo demás, la pedagogía de la alusión, «la única pedagogía delicada y fecunda», según él nos ha dicho. Ya los males han sido señalados; ahora, que escuche las palabras del amigo: «¡Oh, no caigas tú, noble amigo, en la sima de las lamentaciones!»... Escribe sólo sobre las cosas que amas, y sonríe más bien...» Recuerda, agregaríamos, la cita de Platón: «El espíritu que mejor ha percibido las esencias y la verdad, deberá formar un hombre que se consagre a la sabiduría, a la belleza, a las Musas y al amor».

La Habana, 1917.

(Envío del autor).

Era en la somnolencia...

(Era en la somnolencia del crepúsculo,
de un crepúsculo rojo
cual su boca, fragante y purpurina,
y había paz en la tierra...
y en el cielo...)

Y díjole al Señor:
Hazlo tan bueno
como un rayo sutil de primavera,
como la hoja mustia
y como el viento...

Hazlo, Señor:
Como la brisa suave
que armoniza gemidos en las frondas,
como la clara fuente cristalina,
como el lirio, Señor...
y como el ave...!

(La paz crepuscular se fué extendiendo
dejando un tono gris sobre el paisaje,
y en la vecina torre de la iglesia
las campanas sonoras
desgranaban el Angelus...)

Y murmuró: Señor,
hazlo tan puro
como el plumaje blanco
de una garza,
como las alas de las mariposas,
como la luz, Señor...
y como el agua...!

(Una alondra cantó desde una acacia...
Y en la paz del villorrio campesino,
al sollozar del céfiro doliente,
escuchóse un arrullo y un suspiro...)

ELVIRA CONTRERAS DAZA.

(*El Diario Nacional*, Bogotá).

LA HERMANA MAYOR

POR RABINDRANATH TAGORE

I

DESPUÉS de haber enumerado detenidamente las hazañas del marido malo y tiránico de una infeliz mujer del lugar, Tara, vecina de ella, dictó secamente su sentencia: «¡Que le quemen la boca a semejante hombre!»

Oyéndola, la mujer de Yoygopal Babu se resintió mucho. No está bien en las mujeres desear, sean las cosas como sean, peor clase de fuego, para la boca de un marido, que el fuego de un cigarro. Desaprobó modosamente la sentencia, pero la muy empedernida de Tara añadió con redoblado ensañamiento: «¡Más valiera ser viuda en siete nacimientos, que mujer de un marido como ese!»; dicho lo cual, cortó la tertulia y se fué.

Sasi se dijo: «No puedo imaginarme en un marido ofensa capaz de ponerle a una tan mal corazón contra él». Y siguiendo el hilo de su pensamiento, toda la ternura de su alma amorosa fluía hacia su marido ausente. Se echó, abiertos los brazos, en el lado de la cama donde él acostumbraba acostarse, y besó la almohada vacía, que tenía el olor de la cabeza de Yoygopal. Luego, cerrando la puerta, sacó de una caja de madera una vieja fotografía casi desteñida y algunas cartas de él, y se sentó a mirarlas. Y así pasó la siesta callada, sola en su cuarto, reviviendo recuerdos antiguos, entre suspiros y lágrimas de tristeza.

No era yugo reciente este de Sasikala y Yoygopal. Se habían casado muy jóvenes y habían tenido varios hijos; y con tantos años de compañía, los días se les pasaban de una manera fácil y corriente. Ni de una parte ni de la otra había existido nunca síntoma alguno de excesiva pasión. Llevaban sin separarse iba ya para diez y seis años, cuando, de pronto, el marido tuvo necesidad de irse, que lo llamaban para unos asuntos; y entonces se despertó en el alma de Sasi un gran impulso de amor. Mientras la separación ponía más tirante el lazo, el nudo del cariño se apretaba más, y la pasión, cuya existencia no había sentido nunca Sasi, la hacía ahora palpitar de dolor.

Vino a ocurrir que, después de tanto tiempo, y a sus años, madre ya de hijos, Sasi, en el mediodía primaveral, tendida en el lecho de la separación, comenzó a soñar, en su cuarto solitario, el dulce sueño de la novia retofiante de juventud. El amor del cual había sido, hasta entonces, inconsciente, la despertó de pronto, con su música suspiradora. Vagó, largamente, río de la ilusión arriba, y ¡qué de castillos dorados, cuántos verjeles vió por las orillas!; pero no le fué posible encontrar donde afianzarse entre sus borradas esperanzas de felicidad.

Se empezó a prometer que, en cuanto viniera su marido, la vida no sería ya tan sosa como antes, para ella, ni la primavera llegaría en vano. ¡Cuántas veces, por una necia disputa o una riña tonta, había fastidiado a Yoygopal! Ahora, con toda la inocencia de su corazón arrepentido, juró que nunca más volvería a ser impaciente, que ya no se opondría a lo que él quisiera, que sobrellevaría todos sus mandatos y se sometería con ternura a cuanto él deseara, bueno o malo; porque el marido lo es todo, el objeto más entrañable del amor; el marido es divino.

Sasikala era hija única y muy mimada. Por esta razón, Yoygopal, aunque dueño solamente de una pequeña fortuna, no se preocupaba gran cosa del porvenir; que su suegro poseía lo bastante para tenerlos a lo príncipe en un pueblo como el suyo.

Y entonces, en la ancianidad, y cuando menos podía sospecharse, le nació un hijo al padre de Sasikala, la que, a decir verdad, se resintió mucho para sus adentros, por el inesperado suceso, injusto e impropio de sus padres; y a Yoygopal tampoco le sentó muy bien la cosa.

El cariño de los padres se concentró en aquel niño de sus años viejos. Cuando el recien nacido, el diminuto y soñoliento cuñado agarró en sus débiles puñitos todas las esperanzas y las ilusiones de Yoygopal, éste se fué a Assam y buscó allí colocación en un jardín de té.

Sus amigos le aconsejaron que buscase trabajo más cerca; pero Yoygopal, bien por un sentimiento de resquemor, o por creer que podría medrar fácilmente en el jardín de té, no les hizo caso. Mandó, pues, a su mujer y a sus hijos a casa de su suegro, y se marchó a Assam. Era la primera vez que marido y mujer se separaban.

Este incidente indispuso a Sasikala con su hermanito. El encono que no puede pasar de los labios, se siente dentro mucho más vivo. Mientras el chiquitín mamaba y dormía tranquilamente, su hermana mayor, con un mal humor petulante, encontraba mil razones, que el arroz estaba frío, que los niños no iban a su hora a la escuela, cosas así, para atormentarse y atormentar a los demás a todas las horas del día y de la noche.

Pero la madre murió poco después, y, antes de morir, confió su niño al cuidado de la hija. Entonces, el niño sin madre le cogió fácilmente el corazón a la hermana. Se echaba sobre ella, berreando como un torito, y, con toda su alma quería meterse la boca, la nariz, los ojos de Sasi en su boca chiquitita; le agarraba el pelo con sus manitas, y decía que no se lo soltaba; se despertaba antes de ser de día, y, rodándose hasta ella, la estremecía con su roce suave, balbuciendo como un arroyuelo alborotado; luego la llamaba Yiyi y Yiyima; y, lo mismo en las horas del trabajo que en las del descanso, haciendo todo lo que se le prohibía, comiendo todo lo que no debía o yéndose a donde no se le dejaba, era un verdadero tirano de su hermana.

Sasi no sabía ya resistirse, y se rendía por completo al caprichoso tiranillo.

II

EL niño se llamaba Nilmani. Al cumplir los dos años, su padre cayó enfermo de cuidado; y Yoygopal recibió una carta en la que se le decía que viniera corriendo. Cuando, después de muchas dificultades, tuvo permiso y pudo venir, Kaliprasanna estaba en la agonía.

Kaliprasanna confió a Yoygopal la tutela de su niño, y dejó a su hija una cuarta parte de sus bienes; así es que Yoygopal abandonó su empleo y se volvió a su casa, a ponerse al frente de lo suyo.

Marido y mujer se reunían de nuevo, después de la larga ausencia. Si un cuerpo material se rompe, puede juntarse otra vez; pero cuando una larga separación aparta a dos seres humanos, no vuelven ya a reunirse en igual sitio y al mismo tiempo, que el entendimiento es cosa viva y en todo instante crece y se cambia.

A Sasi, el encuentro le produjo una emoción nueva. El anhelo nacido con la ausencia había disipado por completo el entumecimiento en que la había tenido el hábito de su viejo matrimonio; y le parecía ahora que recobraba a su marido mucho más suyo que antes. ¿No había ella jurado en su pen-

samiento, que, viniese lo que viniese, y por muy largos que fueran los días de la ausencia, nunca consentiría que la llamarada de su amor ardiente se empañara?

Yoygopal no sentía lo mismo de la nueva unión. Mientras vivieron siempre juntos habían estado atados por intereses y temperamentos. Su mujer era, entonces, verdad viva en su vida, y si hubiese faltado ella, habría sufrido un gran rajón la trama de su costumbre cotidiana. Al principio, cuando se fué, Yoygopal no se hallaba solo; pero con el tiempo, la brecha abierta en la costumbre vieja se había ido remendando con la costumbre nueva.

No era esto todo. Antes, los días se le pasaban de la manera más indolente y descuidada; pero en los dos últimos años, el afán de mejorar de posición se había levantado tan poderosamente en su pecho, que no podía pensar en otra cosa. Comparada con esta intensa pasión reciente, su antigua vida le parecía una sombra sin cuerpo. En una naturaleza de mujer, los cambios más grandes los obra el amor; en la de un hombre, la ambición.

Yoygopal, al volver después de aquellos dos años, no encontró ya a su mujer lo mismo que antes. Su cuñadito había abierto a la vida de ella nuevos horizontes. Esta parte de la existencia de Sasi le era a él totalmente extraña, y en ella no tenían los esposos comunión ninguna. Sasi hacía cuanto le era posible para compartir con él su amor por el niño, aunque, la verdad, sin éxito. Venía con el niño en brazos y, sonriendo, se estaba así delante de su marido; pero Nilmani se agarraba al cuello de Sasi y le escondía en el hombro su cara, y no consentía deberes de familia. Sasi quería que el hermanito mostrara a Yoygopal todas las habilidades que sabía para adueñarse del corazón de un hombre; pero a Yoygopal no le daba por ahí; y ¿cómo había de mostrar contento la criatura? Yoygopal no podía comprender qué era lo que aquel niño de pesada cabezota, morenucho y serio, tenía para que se malgastara en él tanto cariño.

Las mujeres entienden enseguida los caminos del amor, y Sasi, que se dió cuenta, desde el primer momento, de que Nilmani no le había caído en gracia a Yoygopal, estaba siempre pendiente de su hermano, para quitarlo de la mirada de repulsión y odio de su marido. Y así el niño vino a ser tesoro de su mimo secreto, objeto de su amor aislado.

A Yoygopal le molestaba mucho que Nilmani llorara. Sasi se apretaba volando el niño contra su pecho, y ponía el alma y la vida en tranquilizarlo. Cuando los gemidos de Nilmani despertaban de noche a Yoygopal, y éste, con todo su espíritu torturado en su mala cara, le gruñía al niño, Sasi humillada y compungida como si fuera la culpable, cogía al niño, se iba con él a otra parte, y enamorada, suplicante, le arrullaba en su falda con palabras tiernas, «rico mío, joyita mía, encanto mío», hasta que el niño se dormía.

Antes, si los niños reñían por las mil cosas porque riñen, Sasi castigaba a sus hijos y defendía a su hermano, porque él no tenía madre. Ahora cambiaba la ley con el juez, y Nilmani cargaba amenudo con fuertes castigos, sin haber hecho nada y sin que nadie se tomara el trabajo de averiguar el por qué. Semejante injusticia se le metía en el corazón a Sasi, como un puñal; y se llevaba a su cuarto al hermanito castigado, y le daba dulces y juguetes, y lo acariciaba y lo besaba, aliviando como podía el corazón lastimado del niño.

Cuanto más quería Sasi a Nilmani, más molesto se ponía Yoygopal con él; y mientras más desprecio demostraba Yoygopal por el niño, más derramaba Sasi en él la dulzura de su amor. Si el majadero de Yoygopal trataba duramente a su mujer, ella lo soportaba callada, mansa, con suave bondad; pero, por dentro, se herían los dos a cada instante, por causa de Nilmani.

El choque escondido de un conflicto silencioso, es mucho más difícil de conllevar que una riña franca.

III

Nilmani tenía una cabeza muy grande. Parecía el niño una cañilla por la que el Creador hubiese soplado hacia arriba una gran pompa; y los médicos temieron muchas veces que el niño se quebrara y se desvaneciera, como una pompa también. Tardó en hablar y andar. Mirando su cara penosa y seria, era cosa de pensar que sus padres habían echado toda la carga de tristeza de sus largos años sobre la cabeza del niño chiquito.

A fuerza de solicitud y cuidado, la hermana conjuró el peligro de los primeros años, y el niño cumplió los seis.

Era en el mes de Kartik, el día del baifoto [1]. Sasi vistió a su hermano como un pequeño babu, con chaqueta, chadar y doti franjeado de rojo; y le estaba poniendo la «marca del hermano», cuando Tara, su deslenguada vecina, entró y, no sé por qué, se puso a reñir.

«¡De poco sirve, gritaba, ponerle la «señal del hermano» con tanto aparato y estarlo después arrullando por lo calladito!»

Al oirla, Sasi se quedó traspuesta de asombro, de ira y de dolor. Tara le estuvo contando lo que se decía, que ella y su marido se andaban entendiendo para simular una subasta de las fincas del menor, por atrasos, para comprarlas luego a nombre del primo de Yoygopal. Cuando Sasi oyó esto, maldijo a quienes hubieran propalado tan horrible mentira, que les diera la lepra en la boca; y se fué llorando en busca de su marido y le contó la calumnia. Yoygopal dijo: «En estos tiempos, no puede uno fiarse de nadie. ¿Cómo había yo de imaginar que Upen, el hijo de mi tía, a quien encargué, tan confiado, de los bienes de Nilmani, hubiese consentido que el taluk [2] de Yasilpur tuviera atrasada la contribución? ¡Y si yo hubiera tenido la más ligera sospecha de lo que pensaba hacer, no lo hubiera él comprado tampoco en secreto!»

«¿Y no le vas a poner pleito?», exclamó Sasi atónita.

«¡Pleito a un primo!,—dijo Yoygopal.—Además, que sería inútil; sólo serviría para tirar el dinero».

Era deber supremo de Sasi creer en la palabra de su marido, pero no le fué posible. Su hogar feliz, la domesticidad de su amor le fueron de pronto odiosos. Aquella misma vida casera que una vez le pareció su último refugio, no había sido sino una mala trampa de interés, que había tenido cercados a los dos hermanos. Pero ella no era más que una mujer, y no sabía en qué forma podría ayudar a Nilmani, el desvalido. Mientras más pensaba, más se le llenaba el corazón de espanto y de asco; y su amor inmenso envolvía,

(1) Literalmente, la «marca del hermano». Bella y conmovedora ceremonia hindú, en la cual la hermana señala con sándalo la frente de su hermano, diciéndole: «Cierro con esto la puerta de Yama», (imagen que quiere significar larga vida). En tales ocasiones, las hermanas obsequian a los hermanos con una fiesta y les regalan ropas y otros presentes. *(Edición inglesa)*.

(2) Tierras. *(Ed. inglesa)*.

queriendo protegerlo, a su hermanito amenazado. Se preguntaba cómo iría ella al Lat Sajeb[1]; no, mejor sería que escribiera a la misma Mayarani, a ver si ella rescataba los bienes del niño. ¡Seguramente, la Mayarani no permitiría que el taluk de Yasilpur, que le rentaba a Nilmani setecientas cincuenta y ocho rupias al año, fuese vendido!

Cuando Sasi estaba pensando en ajustarle las cuentas a Upen, ante la misma Mayarani, su hermano cayó enfermo repentinamente, con calentura y convulsiones.

Yoygopal llamó al médico del pueblo. Sasi quería que le viera un médico mejor, y Yoygopal dijo: «Pero si Matilal es buen médico...»

Sasi se arrojó a sus pies, y le suplicó jurando por ella misma. Entonces dijo Yoygopal: «Bueno, se mandará por un médico a la ciudad».

Estaba Sasi echada, con Nilmani en sus brazos. El niño no la dejaba de mirar un instante, y se cogía a ella, no fuese a escapársele con cualquier motivo. Aun dormido, no le soltaba la ropa.

Así se pasó aquel día. Ya anochecido, vino Yoygopal y dijo que el médico no estaba en su casa, que había ido a ver a un enfermo, lejos. Dijo también que él tenía que irse aquella misma noche para un pleito, y que había recomendado a Matilal que viniera todos los días a ver al niño.

Por la noche, Nilmani estuvo delirando. En cuanto amaneció, Sasi, sin reparar en nada, cogió al enfermito, se metió con él en una barca y lo llevó a la ciudad, a casa del médico. El médico estaba; no había salido de la ciudad; y después de acomodar a Sasi, al cuidado de una viuda ya entrada en años, comenzó a tratar a la criatura.

Yoygopal se presentó al día siguiente, hecho una furia, y mandó a su mujer que se volviera a casa, con él, en el acto.

«¡Aunque me hagas pedazos, no volveré!», le contestó Sasi. «¡Queréis entre todos matarme a Nilmani, que no tiene padre, ni madre, que sólo me tiene a mí; pero yo lo salvaré».

IV

DURANTE los fríos, el magistrado giraba una visita al Mofusil, y puso su tienda en el término de la aldea, para cazar por allí. Un día, se tropezó con Nilmani en el meidan. Los otros chiquillos le dejaron paso franco, y no hicieron más que cambiar un poquillo la copla de Chanakia, añadiendo «sajeb» a la lista de «los animales de garra, colmillo y cuerno». Pero Nilmani, el grave, con curiosidad imperturbable, se quedó contemplando tranquilamente al sajeb. Este, muy divertido del caso, se le acercó y le preguntó en bengalés: «¿Tú lees en la pazsala?»

El muchacho asintió con la cabeza, sin hablar.

«¿Qué patasks [1] lees?», le volvió a preguntar el sajeb.

Como Nilmani no entendía la palabra pastaks, siguió mirando en silencio, en los ojos, al juez. Luego, entusiasmado, se fué a contar el suceso a su hermana.

A mediodía, Yoygopal, vestido con pantalones, chapkan [2] y pagri [3], fué a hacerle sus zalemas al sajeb, el cual, por el calor que hacía, había sacado la mesa del tribunal fuera de su tienda, y estaba a la sombra libre, rodeado de chaprasis [4], pleiteantes y alguaciles. El sajeb hizo a Yoygopal tomar una silla, y le preguntó cómo andaba el pueblo. Sentado en semejante lugar de honor, a la vista de todo el mundo, Yoygopal se hinchaba, pensando en lo que dirían los Chakravortis o los Nandis, si alguno de ellos viniera por allí y le viese.

En aquel momento, una mujer muy cubierta, que traía consigo a Nilmani, se presentó decidida al juez. Dijo: «Sajeb, te encomiendo a mi hermano desvalido. ¡Sálvamelo!»

El sajeb, al ver al muchacho cabezón y solemne, con quien había estado hablando antes, y creyendo que la mujer debía ser de familia respetable, se levantó en el acto y le dijo a ella: «Le ruego que paséis a la tienda».

La mujer contestó: «Lo que tengo que decir, aquí lo diré».

Yoygopal se retorcía, lívido. Los del pueblo, intrigados, tomaron la cosa a diversión y empezaron a querer acercarse; pero el sajeb levantó la vara, y salieron corriendo.

Con Nilmani cogido de la mano, Sasi contó, desde el principio, la historia del huérfano. Yoygopal intentó interrumpirla varias veces, hasta que el magistrado tronó colérico: «¡Chop rao!» Y con la punta de su bastón ordenó a Yoygopal que escuchara de pie.

Rabiando por dentro contra Sasi, Yoygopal se estuvo en pie, sin chistar. Nilmani se apretaba contra su hermana y le oía pasmado.

Terminó Sasi, y el juez hizo unas preguntas a Yoygopal; y oídas sus respuestas, guardó silencio un buen rato. Luego se dirigió a Sasi: «Buena mujer, aunque este asunto es posible que no me toque a mí, esté segura de que yo haré lo que pueda. Vuelva a casa con su hermano, y no tema nada».

Sasi dijo: «Sajeb; mientras Nilmani no recobre su casa, yo no me atrevo a llevarlo a ella. Si usted no le protege consigo, nadie salvará a mi hermano».

«Y usted, ¿qué haría?», le preguntó el sajeb.

«Yo me iré a la casa de mi marido, dijo Sasi; por mí no hay cuidado».

Sonrió el sajeb, y, como no podía hacer más, decidió encargarse de aquel desencajado, polvoriento y grave niño bengalí, tan pacífico y dulce, con su cuello todo colgado de amuletos.

Cuando Sasi iba a despedirse, Nilmani se cogió a su vestido. «No te asustes tú, baba; vente», le dijo el sajeb. Chorreando lágrimas tras el velo, Sasi le decía: «¡Vete con él, hermano mío, hermano de mi vida, que ya volverás a encontrarte con tu hermana!»

Le abrazó, acariciándole la cabeza y la espalda, y, soltándose de él, se alejó de prisa, mientras el sajeb le echaba el brazo a Nilmani. El niño lloraba más: «¡Hermana, hermana mía!» Sasi se volvió, tendiéndole el brazo con un ademán indecible de silencioso consuelo, y se fué con el corazón destrozado.

Otra vez, marido y mujer se encontraron en la antigua casa familiar. ¡Ley de Prayapati!

Pero su unión no fué muy duradera. Poco tiempo después, se dijo una mañana por el pueblo que Sasi había muerto aquella noche del cólera, y que la habían quemado al momento.

Nadie habló de lo ocurrido, mas que Tara, que a veces se ponía a punto de estallar; pero le cerraban la boca con un «¡Calla!»

Sasi le había prometido a su hermano, al despedirse de él, que volverían a encontrarse. Dónde se cumplió la palabra, nadie lo sabe...

(*Hermes*. Bilbao. Trad. Zenobia Camprubí de Jiménez).

(1) El Virrey. *(Ed. inglesa)*.

(1) «Libros», palabra erudita. La corriente es «boi».
(2) Levitón.
(3) Turbante.
(4) Criados. *(Notas de la edición inglesa)*.

LA CATEDRAL MUERTA

Por LEOPOLDO LUGONES

Reims, agosto de 1921.

Si la catedral de Arras es la ruina trágica, la de Reims es la ruina lúgubre. En lo trágico hay siempre algo que combate; pero el cadáver de la catedral aplasta a Reims bajo su destrozo. Hay otras, más anonadadas aún, como la de Soissons, que no es sino un espectro, como la de Ipres, que apenas es una sombra...

La catedral de Reims agrega al horror de la muerte la realidad del cadáver. Su destrucción conserva la violencia del asesinato. Aquellas dos últimas que acabo de citar, montones de piedra grisácea, parecen más bien escombros volcánicos de insípida desnudez, como huesos fósiles bajo la calcinación solar. La de Reims conserva en sus cavidades bastante sombra para ser, como he dicho, lúgubre. Flota en ella todavía un resto de alma desolada. Sus tremendas brechas son heridas que aun sangran; sus fracturas brutales aguzan esquirlas en que se desgarra el dolor; sus manchas fomentan un negror de gangrena. Los pedazos de bóveda parecen prolongar el eco de las explosiones y la alarma de la catástrofe. Las estatuas de los portales y de los nichos exteriores donde hacían contrapeso a la carga del botarel, son a su vez gigantescos cadáveres de piedra. Reconozco en ésa a la que el casco de obús arrancó toda la cara, uno de los reyes del pórtico occidental. Aquí, puestas en el suelo, aisladas de su grupo, se advierte que eran verdaderos colosos regulados a la proporción natural por esa armonía del conjunto que es el fundamento estético, o mejor dicho la razón vital de todo arte, principalmente la arquitectura y la música. Allá, entre otros escombros, sobresale el cuadril de uno de aquellos enormes carneros de piedra que en la alta cornisa del sur alegorizaban el místico pastoreo y sobre cuyo tipo escultural, de un realismo local perfecto, como todas las reproducciones naturales de los artistas góticos, pude comprobar en 1912 que el morueco remense, igual a nuestros merinos, hallabase formado en el siglo XIII, si no prolongaba naturalmente la ilustre procedencia romana en que radica su calidad el congénere español: pues así estas catedrales con que el pueblo glorificaba en acto de fe su esfuerzo máximo, eran las enciclopedias donde se contenían religión, naturaleza, arte, industria, ciencia e historia. Por esto el templo magnífico en la ciudad pequeña que ponía siglos para construir «su» catedral, libro parlante de los que no sabían leer, pues era ante todo una biblia de piedra, museo de historia natural, galería de arte, glorificación decorativa de los oficios, celebración de la ciencia por la belleza de la arquitectura, sala de conciertos, teatro, hospicio, aula de consejo con la predicación, asilo contra todos los males, socorro en las peores cuitas, defensa y vigilancia desde la colina fundamental que dominaba, altísima y resplandeciente sobre los caminos; centón inagotable de cuentos y de moralejas en la profusión de la alegoría; realización de la quimera con la magia que a diario inventaba el sol en las vidrieras de colores; remonte del ensueño en las místicas alas que le daba la exhalación del incienso; tesoro de los primores y las reliquias que de remotos países y mares legendarios traían como ofrenda los viajeros, y además de santuario, sede de política donde se consagraban los reyes. Así la catedral, y ésta de Reims entre todas, fué el centro, al propio tiempo que la síntesis, de la civilización cristiana en el momento de su máximo esplendor, lo cual define su incalculable valor histórico. La catedral es la historia viviente de la Edad Media. Por esto, destruirla es matar. Matar no sólo el cuerpo sino el alma de una civilización completa, que fué la de los pueblos crédulos y obedientes: civilización tanto más preciosa para nosotros cuanto que al constituir nuestro inmediato antecedente histórico, resulta la clave de la vida que vivimos. Racionalistas, que es decir desobedientes, la historia de los dioses nuestros, o si se quiere el estudio de la organización social bajo el concepto religioso, adquiere para nosotros una importancia singular. Por ellos averiguamos que el monoteísmo es la transfiguración mística de la monarquía absoluta o autocracia: un instrumento de sujeción, incompatible con la libertad; pero también que no hay congregación humana posible, como estado espiritual, sino en torno de un ideal trascendente. La anarquía sobreviene cuando falta a los hombres el concepto de trascendencia. Porque la serenidad es un estado espiritual, no una satisfacción física. El paganismo greco-romano la alcanzó mejor y por más largo

EL INCENDIO DE LA CATEDRAL DE REIMS

Dibujo de G. Fraipont, según el croquis de un testigo. (*L'Illustration*. París).

tiempo que el cristianismo, pero nosotros no somos ni podemos ser ya paganos ni cristianos. Necesitamos construir otro templo a la nueva dignidad, en que se nos revelará un día, quién sabe cómo, el ideal trascendente: es decir, la noción de inmortalidad que reside en nuestro espíritu, manifestándose como bondad, verdad y belleza.

¡Belleza! He aquí el signo histórico de nuestra raza: la greco-romana, a la cual pertenecemos por la latinidad. Raza de belleza es lo que somos. Camino de belleza es el que tomamos para alcanzar la justicia y la bondad. Satisfacción estética lo que buscamos en la verdad misma.

Y belleza era ante todo la catedral asesinada.

Bien que me la represento en aquellos serenos días de 1912, cuando vinimos aquí para verla, en peregrinación gótica, por decirlo así, con la inseparable, que traía como una de aquellas lámparas ruskinianas de su predilección la genuina claridad del alma compañera. Llegábamos justamente a la hora de llegar, que es la tarde. La catedral se alzaba en la gloria del sol poniente y hacia ella volvían ya las palomas.

A pesar de su importancia industrial, demográfica y política, Reims era la catedral. Así, templo y ciudad han muerto juntos. Conocida es la estadística, que sólo recuerdo para precisar la destrucción: al firmarse el armisticio, de 14,000 casas que formaban la planta urbana había 60 habitables. Durante cuatro años las escuelas habían funcionado en sótanos sacudidos por los bombardeos. Tres años después de cesar las hostilidades, y a pesar de la continua reconstrucción, no hay más que escombros. El revuelto suelo cretáceo lo amortaja todo con su polvareda blanca. Parece como si acabara de pasar la maldición bíblica que asoló la Pentápolis del Mar Muerto, echando sobre las ruinas funestas la ceniza de Jehová. Pero no. La furia del bárbaro superó a la cólera de los númenes de odio. Y vuelve a la memoria la tan recordada cita de Heine, que sabía a que atenerse: «un día u otro, el ardor guerrero del germano se despertará y destruirá las catedrales góticas».

Reims, como París, era una cosa esencialmente francesa. Desde el famoso milagro de la ampolla de óleo, que el Espíritu Santo trajo para ungir a los reyes, la historia de Francia es una misma con la historia de la catedral. Nada extraño, pues, que la destrucción del templo augusto, como la de París, contara o cuadrara bien, si fué ocurrencia posterior, en el plan de aniquilamiento. El templo y la ciudad, pues, eran, repito, una entidad completa. Así se tiraba realmente al alma de la Nación aborrecida.

Precisamente, al declararse la guerra, tocaban a su fin los trabajos de reparación, que habían durado 30 años.

En 1912, cuando visité la catedral, cubría gran parte del edificio una inmensa andamiada: catre protector del formidable bosque de piedra. Al pie de las murallas notábase mucha escultura caída o bajada de cornisas y edículos, en espera de restauración, y que mucho me sirvió para estudiar la zoología y la botánica decorativas de los artistas medioevales.

Pero nada de escombro había en eso. Era, téngolo escrito ya, como la leña naturalmente desprendida del susodicho bosque gótico, tan opulento, que no disminuía con ello la decoración en forma perceptible; inagotable de flores, frutas, hojas, ramas, troncos, volutas, animales, monstruos, la selva de belleza; mientras por dentro, el ramaje perenne de la piedra seguía tamizando la espléndida luminaria de las alegóricas rosas de cristal caladas en los muros, rumoreado de música por los órganos, abrumado de perfume por el incienso, en un simultáneo esplendor de primavera, estío y otoño que le creaba el arte con luces de colores, profundas melodías y recinas preciosas. La nave alzaba así su oración de piedra que afuera, en el pleno azul de la inmensidad, las torres esparcían orfebrada por los repiques, exaltada por la revibrante vertical de pilares, gables y agujas; mientras bajo cada ojiva el sol de la tarde parecía anidar en oro místicos pajaros cantores. Al modo de una celeste llama, la plegaria, que es el gótico, se iba de punta hacia la inmensidad, como las espadas y las mitras. Ambas torres, en la múltiple alegoría, representaban efectivamente la doble cúspide del tocado episcopal y la flecha central erigíase como una espada ofertoria. Alguna golondrina, revolando en torno, acentuaba el movimiento ascensional de las líneas con ligero vértigo de éxtasis, como un alma, desprendida ya, pero aun obscura de proximidad terrestre.

¡Y ahora!...

Una desapacible mañana en que se exaspera polvoriento el frío anormal de la seca, martiriza los huesos del enorme cadáver. La tablazón defensiva de los trabajos de restaurar sugiere desencajaduras de féretro. Flotan como pellejos de momia desclavadas arpilleras. La vida que se afana en las calles semiobstruídas o torcidas aun, no alcanza a desenterrarse de los escombros. Tal cual árbol que escapó de los bombardeos, tal cual jardinillo rehecho, ceden bajo el agobio sepulcral, lívidos de creta. El olor cadavérico que exhalan las capas profundas de esta substancia, debido probablemente a su origen orgánico, sale de las excavaciones como si fuera el propio hedor de la ciudad muerta.

Vaya a Reims y visite la catedral el que quiera saber lo que es la tristeza. El que desee hartarse de desolación, hable con los doloridos viejos de Reims.

He ahí el «maire» anciano en cuyos ojos arde todavía la quemadura de las lágrimas devoradas, en cuyas barbas tiembla aun el espanto de los horrores que debió soportar por todos. Dolientes aun de catástrofe, pero llenos, eso sí, de dignidad, de patriótica confianza, enseñan al amigo de lejanas tierras el inmenso relicario de arte y de historia que constituyen esas ruinas. Representan sin saberlo una trágica curiosidad: son, como aquellos sobrevivientes del siglo V, para quienes era novela recreativa el Apocalipsis, los que vieron la invasión bárbara. Dijérase que permanecen soterrados bajo la horrenda violencia. La tranquilidad sobreviniente con la victoria les ha apagado la mirada y la voz. Y como son del mismo tipo étnico que las estatuas decorativas de la catedral, parecen formar parte del idéntico destrozo. La polvareda de las ruinas que se les pega impóneles una especie de petrificación medioeval. Es como si vinieran de lejos, sobrellevando una fatiga enorme, remotos, atónitos: tristísimos. Traen consigo el silencio, que es ahora el alma de la ciudad. Porque en vano crepita el motor, chifla la válvula de tal cual máquina que reconstruye o fabrica, o graznan las cornetas y baladran las sirenas de automóvil. El silencio de las ruinas lo absorbe todo en su inmensa cavidad. La muerte del sonido no es lo menos trágico en esta ciudad de la muerte.

Un grande anciano de Reims forma, sin embargo, excepción entre aquella vejez meditabunda sobre los negros umbrales: el arzobispo, cardenal de Lucon, que en la residencia donde instala de prestado su sede palaciega, nos recibe tras larga jornada pastoral, de buen grado interrumpida, «para saludar a los amigos de Francia».

Es un tipo notable de esa vitalidad gala, recia y vivaz, que Clemenceau a su vez representa, por decirlo así, del lado «infernal» de «los azules». Nunca he visto 80 años más sólidos en la robusta estructura corporal, más seguros en la firmeza del ancho rostro, que la rasura canónica releva con el pulimento mate de la pálida caliza local, más serenos en la honrada precisión de la palabra, suelta, sin embargo, con abundancia generosa, más claros en la franqueza de los ojos benévolos. Nada menos pulido por la devota jabonadura y la macilenta compunción del seminario. Acto continuo se advierte que está uno en presencia de un hombre.

De su palabra, de su ademán, de su ser entero, emana esa seguridad que es la mansedumbre de la bravura. Y como nada hay más próximo del valor que la honradez, su mano que viene franca, tendida con desembarazo varonil, trae al ánimo del interlocutor la confianza. No se le advierte ni el amago de esa insinuación ondulosa que bajo la seda de la palabra clerical almizcla un deslizamiento de reptil, camino de la conciencia. Su sotana escarlata, cubierta por lo demás con un sencillo redingote, no ostenta, a lo que se ve, la cola romana...

Sin embargo, cuando habla de las infructuosas luchas que por el resguardo de su catedral debió sostener con el comando enemigo, nos dice, refiriéndose al Papa:

—El, que es nuestro general, habíame confiado ese puesto de guardia y yo debía sostenerlo hasta el fin.

Claro es que, por mi parte, no vine a buscar en ese prelado católico la impresión del cisma con que muchos contaban cuando el Vaticano cometió su gran traición de la neutralidad, visiblemente simpática al Kaiser luterano. Habría sido una infame acción, y mis amigos de allá saben desde el tiempo de la guerra que nunca creí en tal cisma. Este acto, dije y escribí entonces, es una manifestación de vitalidad que no cuadra al cristianismo ya decrépito.

Lo que deseo oir es lo que el prelado narra: Cómo, a pesar de todas las seguridades, en cuya virtud no se empleaba la catedral en operaciones de guerra, el comando alemán la bombardeaba diariamente.

Sostenía, dice, que los franceses acechaban desde el techo y las torres. Y así lo creería de buena fe puesto que lo afirmaba. Pero yo declaro, a mi vez, que no era cierto. Yo no sabría mentir por patriotismo, y cuando lo digo es porque fué así.

Advierta el lector estas dos expresiones de elevada moralidad que transcribo directamente, pues por lo mismo se me quedaron, aun cuando salieron de paso en la conversación: «Hay que creer en la buena fe del que afirma, así sea el enemigo», y «no se debe mentir por patriotismo». Nada hay superior a la verdad, ha dicho la moral de todos los tiempos.

—Para evitar equívocos,—prosigue el cardenal—avisé a los alemanes que con objeto de salvar algunos trozos de antiguas vidriedras en el edificio medio destruído subían a las ventanas, ostensiblemente, algunos obreros. Es de inferir que no lo creyeran, pues siguieron bombardeando bajo el consabido pretexto. Luego sostuvieron haber visto durante la noche señales luminosas en lo alto del edificio. Agujereado éste de parte a parte por enormes brechas, es de creer que las luces de algunas casas situadas detrás aparecieran como interiores, dada la conocida ilusión óptica que altera la noción de distancia en las sombras nocturnas y el efecto teléscopico de toda masa aspillerada. Hay también otra conjetura atendible: atormentados por el hambre, algunos vecinos pudieron trepar los escombros, provistos de linternas sordas, en busca de las palomas que los obuses no habían podido ahuyentar y que se obstinaban en seguir allí anidando...

Es evidente—concluye—que hubo el propósito de destruir, y todos mis afanes para impedirlo fueron inútiles.

Desgraciadamente el propósito se consumó. La catedral de Reims es una ruina, a mi entender irreparable. Sin duda, ante aquellos hombres obstinados en la conmovedora tarea de rehacer, debí callar esa impresión, ofreciéndoles, como a los deudos de un ser querido, el sufragio de mi silencio. Pero si la propia restauración de las iglesias góticas deterioradas solamente por el tiempo era en gran parte imposible, al tratarse de monumentos de inspiración, donde todo es cosa viva, que una vez caduca ya no puede suplirla el artificio, la intentada reconstrución paréceme una quimera. Empezaría por requerir siglos, como la misma empresa original, siglos cada vez más incompatibles en su alejamiento con la inspiración vital de la fe ya ausente. Y después, en la decoración escultural, tan necesaria como la misma construcción a la vida gótica, todo sería «pasticcio»: reproducción, tan exacta cual se quiera, pero no engendro. Vaciado de molde, no reproducción. Pues sólo el amor reproduce la vida. La razón profunda de la asimetría gótica está, como la del cuerpo humano, en que se trata de cosas vivas. Así la hoja de piedra, como la del cardo humilde, nunca se repite. Su belleza esencial se funda en eso y la reconstrucción, precisamente, repetiría...

La flora, la fauna, y hasta la teratología góticas, sólo podría engendrarlas el hombre de fe, que amaba por que creía. Ese hombre constituía entonces el pueblo que en masa concurría a alzar aquellos monumentos, populares por excelencia. Ese mismo hombre puede hoy existir, pero como un caso aislado, vale decir impotente, aun cuando se tratara de un artista. Lo que no uno sino docenas de artistas requería la obra de la catedral.

Pero dije construcción, además de decoración, y en aquella estriba la principal dificultad.

La estética del gótico es efectivamente heroica, como que se inspira en el martirio, en la renunciación de todo bien terrenal, en la castidad y en la aventura caballeresca; la estructura de la catedral era, y muchas veces con directa aplicación, la del castillo-fortaleza. Y siendo heroica, realizaba en el templo el heroísmo que es una magnífica desmesura entre los medios materiales del héroe y la decisión de su propósito triunfal: estado de ánimo, que ante el análisis frío resulta una paradoja.

Así el templo busca la máxima luz, vaciando los muros con ventanales enormes y descargando el empuje de la bóveda sobre el puntal exterior de los botareles. De esta suerte, la razón del muro es la ventana, no el sostén. La luz se substituye a la masa de la

---

LOS ATORMENTADOS

El Beodo

Vivo una vida miserable, completamente [artificial.
Manda en mis actos no el cerebro sino la [médula espinal.
Mi cuerpo se ha hecho transparente como [una copa de cristal
y transparenta una alma loca, sin la noción [de bien ni mal,
en la que ha muerto ha tiempo el hombre y [sobrevive el animal.

El Amante

Una vez la miré, sin otra ropa
que la tela de vidrio de una fuente.
Mi amor para alcanzarla fué impotente
y mi alma de cristal, que era una copa,
se llenó de tristeza eternamente.

El Demente

Sombra es enfermedad. Las almas sanas
son luminosas como las ventanas.
La dicha es la bondad. Las almas buenas
son sin dolor como las azucenas.
Todas las almas blancas son serenas.

En mí existieron floraciones malas;
hubo en mi corazón cortezas duras;
y un día en mi razón sentí unas alas,
unas alas obscuras,
que se llevaron todas las escalas
y me dejaron todas las locuras.

Mis brazos abrí en cruz, como un arbusto
seco, sin una queja ni un reproche.
Porque hay pecado en mí, yo sé que es justo
que en mí aniden las aves de la noche.

El Triste

Mi alma de cristal es transparente;
pero es como el cristal de la ventana
que recibe las luces del Poniente.
Deja pasar la rubia
procesión de la luz de la mañana
y oye tocar la lluvia eternamente.
Porque nada hay más triste que la lluvia
cuando llama al cristal de una ventana.

El Poeta

De todas esas almas de cristales
recogí los dolores inmortales.
Nada más doloroso que yo existe.
Yo soy amante, beodo, loco y triste.

Rafael Arévalo Martínez.

(Del tomo *Los Atormentados*, Guatemala. 1914).

pared, que era hasta entonces, lógicamente opaca. La masa del edificio, en vez de procurar la impresión del reposo, también lógica hasta entonces por la noción de estabilidad y de seguridad, inherentes, al peso y a la construcción, sugiere la elevación vertical con la fuga de sus líneas ascendentes. Por esto el predominio del elemento agudo que se alza de punta como la llama y la substitución de la idea de tronco en la columna por el haz de bambúes: el natural recio del tronco, que se pone una sólida implantación, transfórmase en la cimbradura ascendente de la caña. Afuera los botareles crean también la impresión ascendente, con el disimulo de la carga que contrapesan, como dije, agudos nichos ocupados por pesadísimas estatuas; mientras las torres, cuyos soportes quedan invisibles, hallándose en el interior del templo, parecen tener por único trabajo la ascención gloriosa en una vibrante música de campanas. La misma decadencia del gótico es una exageración del propósito heroico: la transformación de la piedra en un maravilloso encaje, cuyo excesivo primor resultóle debilidad.

El gótico tuvo, pues, una lógica peculiar fundada en el heroísmo y que nos resulta paradoja porque sus conceptos formulaban una creencia para nosotros muerta. Y es así cómo se creó un arco, una columna y un sistema de descarga enteramente suyos, o sea los elementos esenciales de la arquitectura, apropiados por esa originalidad hasta la posesión de un arte completo. Del propio modo la vida tiene caracteres generales de organización, pero cada género de seres vivientes vive a su modo.

De aquí también la solidez prodigiosa, compatible con esa suprema esbeltez, y que la destrucción revela al modo de una anatomía brutal. Tras 70 bombardeos, todavía subsisten las columnas principales, algunos arcos y cascos de bóveda. Ahí está mejor, que en nada visible, el heroísmo de mi referencia. El mucho espíritu en la poca materia, que es la fórmula superior de todo arte, mejora la calidad de la materia así animada. Y no hay arte más espiritual que el gótico. Así lo han dejado patente los socabones del piso descubriendo la «cella» subterránea del antiguo templo pagano sobre el cual las funciones cristianas superpusiéronse en triunfal dominación. Arco y pilares romanos, destacados a su vez por el derrumbe circundante, resultan inferiores en comparación de los góticos, inferiores no sólo en vigor—únicamente la argamasa sostiene el paralelo, fraguada por los siglos hasta una verdadera petrificación—sino en elegancia viril, ya que más tendía a la pompa que a la esbeltez la positiva solidez romana. No hay para comparados sino los órdenes griegos que constituyen otra, o más bien dicho, la otra perfección de la arquitectura; pues el románico fué un organismo de transición, en el cual no alcanzaron a refundirse ciertos elementos de procedencia oriental importados por Bizancio, y el arte del Renacimiento, un estilo, pero no un orden.

Entre la media docena de completos tipos góticos que subsisten, Reims formaba todavía la tétrada superior con las catedrales de Chartres, de Amiens y de París. Y en su especie, o sea el gótico de la Champaña, era único. Tal la maravilla destruida por el cañón.

Arte tan espiritual, su alma viviente era la música, que por dentro y fuera lo sensibilizaba hasta animar la piedra con la dulce, potente vibración de órganos, himnos y carillones; su exhalación natural, el perfume que todo habíalo saturado de incienso; su serenidad, el recogimiento de la sombra meditabunda.

El viento crudo, que entra en las ruinas por doquier, desbarata todo aquello con su lúgubre aullido.

Sólo queda al inmenso dolor de la catedral muerta, pues en la bondad de la naturaleza algo queda siempre, la cavidad sencilla y como mística de las blandas palomas que han vuelto a la querencia muchas veces secular donde las domesticó, quizá desde los tiempos romanos, el apego del incienso, y que siguen arrullando en los escombros, únicas dueñas ahora de todo el ámbito, donde, como el cardenal decía, no pudo desalojarlas el cañón.

El arrullo de su fidelidad es la última música de la derrumbada iglesia. Vuelven ahora, como aquella tarde feliz de nuestra llegada, a la hornacina ya rota, pero donde queda tal vez un dejo del incienso habitual, y una vez más el pobre nido en que inmortal se alberga el amor, negado por los númenes de muerte, aventaja en duración a esos dioses y a los templos de los hombres que se exterminan invocándolos.

(*La Nación*, Buenos Aires).

UNA GRAN REVISTA DE INTERESES AMERICANOS QUE APARECERÁ EN PARÍS EL 1º DE ENERO DE 1922

"Revue de l'Amerique Latine"

PROGRAMME

Le «Bulletin de l'Amèrique latine», organe du Groupement des Universitès et Grandes Ecoles de France pour les relations avec l'Amèrique latine, va se transformer, à partir du 1er janvier 1922, en une grande REVUE DE L'AMERIQUE LATINE, rèdigèe en français, d'un intèrêt plus gènèral, et dont le but sera double: montrer au public français les possibilitès actuelles de dèveloppement du nouveau continent latin, en lui rèvèlant ou en lui faisant mieux connaître la culture latino-amèricaine sous toutes ses formes, et, au public de l'Amèrique latine, l'intèrêt grandissant qui se manifeste en France pour cette culture.

La REVUE DE L'AMERIQUE LATINE, s'assignant pour programme celui que s'est tracè, il y a douze ans, le Groupement des Universitès et Grandes Ecoles de France, aspire à être un grand organe de la pensèe latine et à ètablir des liens de plus en plus ètroits entre la France et l'Amèrique d'une part, et, d'autre part, entre les diverses Rèpubliques latines du Nouveau Monde.

Elle paraîtra le 1er de chaque mois sur 96 pages.

Elle publiera:

I.—Des ètudes de grands ècrivains, hommes de science et universitaires français, qui montreront les divers aspects de la pensèe française, et où ceux qui connaissent l'Amèrique latine donneront leurs impressions sur le vie intellectuelle, artistique et politique du Nouveau Continent et ètudieront les grands problèmes qui s'y posent.

Ont d'ores et dèjà promis leur concours: Mmes la Cse Mathieu de Noailles, Rachilde, Gèrard d'Houville, Aurel, MM. Henri de Règnier, *de l'Academie Francaise* Charles Maurras, Paul Appell, E. Boutroux, Louis Bertrand, J.-H. Rosny aînè, Claude Farrére, Jacques Bainville, E. Herriot, Andrè Suarès, Lèon Daudet, Paul Fort, Camille Mauclair, Fortunat Strowski, Georges Dumas, Charles Guernier, Homem Christo, Lèon Lafage, Jules Supervielle, Binet-Valmar, Marius Andrè, G. Le Gentil, etc.

II.—Des ètudes de grands écrivains de l'Amèrique latine où ils parleront tour à tour de la France et de la vie de leurs pays respectifs.

Ont dèjà promis leur collaboration: MM. Leopoldo Lugones, Francisco García Calderón, Angel de Estrada, Francisco L. de la Barra, Graça Aranha, *de l'Academie Brèselienne*, Carlos Reyles, Alfonso Reyes, Carlos A. Villanueva, E. Montarroyos, Gofredo da Silva Telles, Gonzalo Zaldumbide, Hugo D. Barbagelata, A Zèrèga Fombona, etc.

III.—Des romans, des nouvelles, des contes et des essais des principaux ècrivains amèricains latins, anciens ou modernes, traduits en français, de façon à constituer une anthologie de la littèrature latino-amèricaine.

IV.—Un grand nombre de chroniques qui seront confièes à des ècrivains français et amèricains latins rèsidant à Paris, et où seront ètudièes règulièrement toutes les questions intèressant l'Amèrique latine et ses relations avec la France. Les titres des principales chroniques seront: La vie littèraire, la vie artistique, la vie sociale en Amèrique latine.—Histoire.—Philosophie et Problèmes scientifiques.—Chronique financière et èconomique.—Les livres.—Les revues françaises.—Les revues de l'Amèrique latine. — Echos et nouvelles. — Chronique juridique, etc.

La REVUE DE L'AMERIQUE LATINE compte sur l'appui moral et matèriel de tous ceux qu' intèresse le rayonnment de la civilisation et de la pensèe latines. Elle dèsire que tous ses amis deviennent des collaborateurs, et elle examinera toutes les idées sus-susceptibles de renforcer son action qui pourront lui être suggèrèes.

Agencia en Costa Rica: Admor. del REPERTORIO AMERICANO. A ₡ 1-00 la entrega.

CON ARÉVALO MARTÍNEZ

POR EL DR. MANUEL F. RODRÍGUEZ

Rafael Arévalo Martínez

LAS apariciones satánicas van generalmente acompañadas de olor a azufre, según afirman altas autoridades sobre la materia, mientras que las divinas traen un cierto olor a incienso o a «panes frescos de hostias» como afirmaba nuestra Hermana Teresa de Aycinena. Arévalo Martínez va envuelto en esta última atmósfera, y, por lo mismo, su parentesco no es con el enemigo malo a quien él tanto teme.

Se necesita tratar personalmente a este ultrasensitivo y ultramontano poeta para convencerse de su sincero fanatismo, que lo lleva a los últimos extravíos de la mente y lo transporta a ese terreno dudoso que radica entre la locura y el genio. Su misticismo no tiene nada de retórico. Es un caso auténtico de un gran enfermo de la incurable enfermedad de haber nacido. No se le puede uno acercar sin contagiarse algo de su locura espiritual, ni se le puede abandonar sin sentir algo de esa inmensa conmiseración que se siente por un niño o un anciano indefensos entregados a los pavores de cruzar una montaña en noche obscura. El comprende su debilidad y se entrega todo, en cuerpo y alma, a la sombra protectora de los que considera sus superiores, sólo porque están mejor organizados para esta dura pelea del diario vivir.

Sus amigos,—que son mis amigos y compañeros—los Unionistas de Guatemala, cometieron un error bienintencionado al enviarlo a estas tierras de *surmenage* perpetuo, para combatir su neurastenia incurable. (1)

Debieron por lo menos haberle proporcionado el pararrayos de su esposa y sus hijos. Pero solo, solo... Imagínense a Arévalo Martínez abandonado y solitario en esa inmensa montaña de Broadway, donde cada automóvil y cada rascacielos pesa sobre su delicada urdimbre nerviosa.

A las cuarenta y ocho horas de permanencia, suplicaba con lágrimas amarguísimas en los ojos, que se le ayudase a huir de esta Babel. Y no se crea que necesitase de ayuda pecuniaria: hay que hacer el honor a sus amigos, de confesar que lo proveyeron generosamente para una larga permanencia y hasta para un costoso internado en un sanatorio; pero imposible: su psícosis se agravó con un intenso mal de patria y de familia. Sintió de nuevo los dolores de la producción de su bellísimo *San Francisco de Asís* y besó—mentalmente—a todas las hembras fecundas y corrió por sus venas de nuevo la savia del vegetal que goza con servir de alimento a los becerros inocentes.

Lo embarcamos: no hubo otro remedio. Y después de recomendarlo al capitán bonachón y al médico de abordo, regresamos envueltos en el áurea misteriosa de este ser ultraterreno, preguntándonos: ¿Quién tendrá la razón después de todo?

(*Envío del Autor*).

(1) Los Angeles, California.

Fragmentos de opiniones sobre la obra de Rafael Arévalo Martínez "El hombre que parecía un caballo".

CON este título, ya singularmente sugestivo, ha publicado Rafael Arévalo Martínez una pequeña novela, o mejor dicho, un cuento, que acabo de leer con la más profunda emoción. Diré antes de pasar adelante, que la obra es de una belleza y una intensidad extraordinarias: para encontrar algo superior en la historia de la fantasía, y especialmente en los campos de la novela psicológica, sería necesario subir hasta Poe, hasta Peter Altemberg, hasta Barbey d'Aurevilly. Dicho está, por tanto, que la creación del poeta de Guatemala más bien acusa los destellos del genio que las manifestaciones del talento cotidiano... La novedad del relato de Arévalo Martínez consiste en el hálito de misterio que atraviesa las breves páginas, y en los inauditos recursos verbales de que se sirve para hacérnoslo advertir bellamente.

RICARDO ARENALES

(*El Fígaro*. Habana, julio de 1915).

El hombre que parecía un caballo y *El Trovador Colombiano*, estas preciosas novelas del guatemalteco Arévalo Martínez, contienen una observación genial. Aretal el caballo y Franco el perro son los tipos humanos que más abundan.

ALFONSO REYES

(*El Suicida*. Madrid, 1917).

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ es en estos momentos la figura más interesante en las Letras centroamericanas: ninguno posee su fervor místico que alterna con el afán humano; su ingenuidad un poco mórbida, y hasta su raro don de comunicar a ideas que no son propiamente nuevas un hálito de misterio que vale por una verdadera renovación. Recordando que este hombre escribe sus versos de rodillas, con temblor de muerte y arrasados los ojos de lágrimas, podríamos afirmar que tiene algo de Fray Angélico.

En la prosa de Arévalo Martínez es donde su espíritu atormentado lleno de cansancio, sus alucinaciones que conturban, ha encontrado la expresión del propio tumulto. Su pequeña novela «El hombre que parecía un caballo,» resulta el más bravo alarde de interpretación del mundo y de sus fenómenos que se haya hecho en América.

Conserva Arévalo Martínez—sin imprimir—varios trabajos todos llenos de interés; todos animados por un enfermizo, noble y triste deseo de interpretar el mundo místicamente desde la cárcel de un cuerpo en decadencia.

(*Fierabrás*, México, Junio de 1918).

RUBÉN DARÍO me había anticipado favorabilísima opinión de «El hombre que parecía un caballo». «Notable acierto. Te sosprenderá y te gustará como a mí. No es Poe ni Lorrain. Es algo nuevo y maravilloso. Ya verás.»

Mi impresión al leerlo fué extraordinaria. Le confieso que no he leído nada en que se hable del «misterio» con mayor ni siquiera igual encantadora sencillez. Nada en que se traten o insinúen «tópicos trascendentales»

Dr. Manuel F. Rodríguez

Agente confidencial del Gobierno de Honduras en Costa Rica

con tan ingenua y fresca naturalidad. Creo que ha echado usted el ancla en mar desconocido. Paréceme que ha sorprendido usted un resorte nuevo. Puso usted el dedo, sin pensarlo, o pensándolo, en un botón eléctrico que hace sonar un timbre mágico allá en el fondo del misterio, al otro lado de la vida.

Suerte de darwinismo espiritual es este en que baraja usted con ágiles y sabias manos las psicologías humanas con las apariencias metafísicas de la vida zoológica. Agita las páginas que ha acertado usted a escribir no sé qué soplo que de vez en cuando, se siente venir desde las filosofías indostánicas.

...Entre líneas se abren en la lectura largas meditaciones tanto más intensas cuanto más sugeridas por manera sencilla y natural nos son, sobre seres y asuntos que nos resultan familiares.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

CABOS SUELTOS

HA comenzado a publicarse la *Revista Martiniana*, mensuario consagrado al estudio de la vida y la obra de José Martí. El alma de este movimiento patriótico y justiciero es el distinguido intelectual cubano don Arturo R. de Carricarte, Director de la Biblioteca Municipal de la Habana. Tenemos a la vista el número 1. En él se se comienza un Epistolario de Martí, algo que hacía falta para completar lo que ya existía al respecto. Seguiremos con interés los pasos de esta Revista simpática y original.

HABLAMOS antes del epistolario de Martí. Uno, recogido y seleccionado por el Doctor José Antonio Fernández de Castro, tendremos el gusto de publicar en nuestras ediciones. Nos lo ha ofrecido nuestro amigo y colaborador don Félix C. Lizazo, de La Habana. Dichosos estamos porque una vez más nos tocará, como editores, servir a la memoria de Martí y honrar a Cuba en uno de sus hijos más preclaros.

LAS «Crónicas Amargas» de Sotillo Picornell han llegado a nuestra mesa. Sotillo Picornell es un sincero patriota venezolano y adversa, con nosotros, la tiranía de Gómez, por la que anda en el destierro. Como el adalid del campo moro, Sotillo otea los cuatro horizontes y donde se diga bien o mal de Gómez, donde se le adule o se le combata ahí está él, con su protesta, rectificación o aplauso. Tal es el sentido y el contenido de sus «Crónicas». Y como es patriota celoso, ni don Marco Fidel Suárez se le escapa. En las «Crónicas» ya se siente que alguien empuja al godo colombiano, entonces a un paso de su caída.

Escribe Sotillo con fluidez y elegancia y con un sentido picaresco y pintoresco que permite leerlo con gusto.

DE las «Crónicas Coloniales» de nuestro don Ricardo Fernández Guardia, dice **R. H. V.** en el número de noviembre pasado de *México Moderno*, México, D. F.:

Crónicas Coloniales.—Escribelas Ricardo Fernández Guardia. — Trejos Hnos., San José de Costa Rica.—1921—318 Págs.

El último libro del insigne cronista viene a afirmarnos en la opinión de que, muerto Pepe Milla, es el más alto representativo del género entre los pacientes buscadores de oro del pasado de Centro América. Hijo del formidable investigador don León, que en los Archivos de Indias era rey en su reino, don Ricardo recoge la bandera paterna y la hace tremolar toda gules y lises al aire espléndido de la tradición. Estas páginas se hallan impregnadas del aroma bárbaro del antaño: por ellas pasan el caballero pirata, el señor gobernador, el general de artillería que vino a ganar en tierras de América otro entorchado por pelear bien contra bucaneros y zambos revoltosos. Son veintitrés crónicas, muy nutridas de información brillante, amenas hasta el grado de que el libro se lee hasta que se apaga la luz en el candil. Porque hay que saborear estas narraciones al amparo de un caserón de la época romanesca en que parece escrito, y bajo la indulgencia plenaria de una luz que empieza en flama azul y oro y se amortigua al cantar el primer gallo de la alquería. «Versos y Azotes» tiene donaire, y bien va al principio del libro, como mascarón de piedra frente a casa condal.

SONETILLO

Los cuatro versos primeros,
cuatro ciervos juguetones,
porque juega en tus senderos,
la luz de los corazones;

los otros cuatro, veleros
barcos ebrios de ilusiones,
porque dió a tus ojos Eros,
en magia doble sus dones;

magia blanca, magia negra,
el primer terceto alegra,
como si fuese una flor;
y en el segundo medita,
con mansedumbre infinita,
el lucero del Pastor.

A. H. PALLAIS, Pbro.

(*Envío del autor*).

DE *La Propia* también se habla en el número de setiembre pasado de *Cuba Contemporánea*. Dice así el señor don Enrique Gay Calvó, encargado de la sección bibliográfica de la precitada revista habanera;

Manuel González Zeledón (*Magón*). *La Propia*. Segunda edición, aumentada. García Monge y Cía., Editores. San José de Costa Rica, A. C. 1920. 89, 296 p.

La Propia fué, en la *Coleción Ariel*, un pequeño tomo. En las *Ediciones de autores centroamericanos* se ha convertido en un volumen de cerca de trescientas páginas. *La Propia*, un cuento, y no el mejor, del libro, le daba título anteriormente, y aunque en la reedición ha quedado en la página 210, sigue prestándole su nombre.

González Zeledón es un autor para ser leído en Costa Rica. Es un escritor de costumbres y únicamente allí puede ser apreciado de manera exacta. Tiene una riqueza de modismos que el lector no costarricense queda sin enterarse de los cuentos y de los cuadros que describe. Y cualquier aficionado a la literatura ha de lamentar no comprenlos, porque *Magón* sabe escribir y observar, y pone vida en sus narraciones. En sus recuerdos de la infancia y en los artículos de impresiones personales se advierten su maestría y su conocimiento del idioma español. Y es en ellos en donde el extraño puede saborear la prosa clara y sugerente del escritor y periodista.

EN el número del 15 de octubre de 1921 (lo trajo el último correo) de *Comptes rendus des Séances de la Société de Biologie*, París, hemos leído esto:

M. F. MESNIL.—J'ai l'honneur de présenter a la Société de biologie, au nom de l'auteur, M. Besredka, Professeur a l'Institut Pasteur, un livre intitulé: *Histoire d'une Idée, L'oeuvre de Metchnikoff*, qu' il vient de publier. Dans son introduction, l' auteur indique que, pour lui, l'oeuvre de Metchnikoff, malgré sa diversité, repose tout entiére sur une idée, c'est que les éléments morphologiques se développent dans tout le régne animal, selon un plan unique; de la dériva la conception générale de l'ilustre savant sur la digestion intracellulaire, conception sur laquelle sont basés toutes les parties de son oeuvre: embryogénie, inflammation, inmunité, sénescence, philosophie optnimiste, a chacune desquelles M. Besredka consacre un chapitre spécial de son livre.

Como se ve, el libro del señor Besredka coincide en su plan con la parte *Análisis y Síntesis* del librito *Pasteur y Metchnikoff*, que hace poco editamos y de que es autor don C. Picado T.,

lo que no es poca honra para el costarricense y para su patria. Por lo demás, la edición de ambas obras es casi contemporánea.

——

Hablábamos de haber rendido homenaje a Italia en el sexto centenario de la muerte de Dante, con la creación de una Cátedra de Cultura Italiana (véase el número 12, tomo III, del Repertorio). Pues bien, en Venezuela lo han hecho así, como puede verse por lo que dice *Cultura Venezolana*, Caracas, en su número de setiembre del año en curso.

Creación de una Cátedra de lengua y literatura italianas.

El 14 del presente mes dictó el Ejecutivo Nacional un decreto creando en esta ciudad una cátedra de lengua y literatura italianas.

Juzgamos este decreto un hecho muy trascendental, pues contribuye a reforzar los lazos que existen entre nuestro pueblo y la noble nación italiana, y además, porque tiende a introducir en nuestra cultura un valor que hasta hoy, doloroso es decirlo, no ha sido suficientemente apreciado en Venezuela. Este valor es el cultural italiano. La mente patria ha estado gobernada siempre de un modo muy marcado por las influencias francesas y españolas, y en cambio la italiana, que forma hoy sin duda la segunda persona de la trinidad latino-europea, ha permanecido, no diremos desdeñada, pero sí ignorada.

Y esta ignorancia—que no puede atribuirse a falta de simpatías, ya que la colonia italiana es aquí una de las más extensas y apreciadas, hay por fuerza que explicársela como resultado del desconocimiento de la bella lengua del Dante. Otra prueba mayor, si se quiere, es el prestigio de que gozan los autores italianos que están traducidos. Pero lo que conviene saber es que estos autores, cualquiera que sea su número, constituyen los representantes de algunas tendencias—científicas o artísticas—que están sostenidas o contrariadas por otros, mucho más numerosos, y, a veces, más importantes, pues la evolución intelectual del pueblo italiano es hoy una de las más intensas y vigorosas en el mundo.

Muy hermosa, y cónsona con el alto fin que se propone, ha sido la ocasión elegida por el Ejecutivo Nacional, para dictar el decreto a que se refiere esta nota, pues de ninguna otra manera se honraría tanto la memoria del cisne Gibelino, afianzador de la lengua italiana y remoto precursor de la unidad nacional.

Reciba, pues, el Ejecutivo, nuestra felicitación por el hermoso acto realizado.

CARTA

A Moisés Vincenzi

Lunes en la noche, 31 de octubre.
París, 14 rue Bréa, 14, VI ème

Amigo muy querido:

Hoy en la tarde recibí tu *Mensaje a las Juventudes de nuestra América*, que ya había leído y que había admirado. Veo que ya vas buscando aquello que a tu obra anterior le faltó: un sentido dinámico, una fuerza de expansión social, necesaria a la vida de las ideas. Comprendo admirablemente que en el espíritu del metafísico va naciendo el afán de la acción ideológica, tan alto como el principio que la mantiene. Sócrates nunca subió a la cátedra sin tener en sus músculos el vigor que le dejaban los ejercicios del gimnasio: tras de la forma que sustenta un efebo de la Grecia, se escondía el sutil comentador del pensamiento. Y estas cosas son más necesarias en nuestra América que aclama la vida de la fuerza, la rotación de las ideas, un anhelar que una el pensamiento al acto que preconiza: ya lo dije en alguna parte: América abunda en políticos, pero faltan ideólogos... La política—exceptuando el caso de Rodó, de García Calderón, en fin, del núcleo actual del México dirigente—, es un oficio de gentes ociosas, de mediocridades sin prestigios que piensan que la *erudición* es pensamiento y es seriedad. ¡Oh, maestro France, cómo ignoran que una estantería de libros puede matar a un hombre!... Está bien, una fuerza de originalidad, un impulso que sobreponga el sentido del porvenir al del pasado que nos ahoga es lo que pedimos cuantos trabajamos en los campos de la inteligencia: por eso si este *Mensaje* se llegara a leer—¡cosa difícil, pues que en nuestras tierras se desconoce todo intento de mejoramiento espiritual!—seguro estaría de que su beneficio sería inmenso, sería provechoso para los jóvenes que se inician en las disciplinas más nobles de la inteligencia. Pero, ¡ay! amigo, en América no existe sino el *parvenu* de las letras, de la sociedad, en fin de todas las instituciones que en Europa son como la nobleza que aun perdura. En esto no imitamos, en esto sí somos originales: en el improvisamiento, en la audacia para desconocer el peligro que nos puede lanzar al fracaso o la gloria... pero, qué digo, a la fama del boulevard, no a la serena gloria que tiene resplandores de heroicidad, grandezas de ilusión...

La importancia de este *Mensaje* se eleva hasta pedir normas en la filosofía, en la ciencia, en la literatura, cuando aún carecemos de ellas. Mientras viví en América, seguí de cerca todo el movimiento literario (intelectual) del continente y no pude encontrar una sola fuente que me hablara de un valor científico, estético o filosófico verdaderamente real. Después de casi dos años de vida en Francia, he perdido de vista tan interesante movimiento; pero sin embargo, no creo que en tan poco tiempo, las cosas hayan cambiado radicalmente. Ingenieros en la ciencia—me detengo en los actuales—ha dado importantes contribuciones, pero en su obra hay muchos cabos de Sorbona, de ciencia alemana; F. García Calderón, en las ciencias sociales con un mucho de francesismo en su inteligencia que encanta, en su inteligencia de humanista con elegancias finísimas; los dos pensadores mexicanos, Caso, cristiano y positivista, Vasconcelos, teósofo y helenista de la buena época aristotélica o alejandrino del tiempo de Plotino, en los campos de las grandes síntesis en las escuelas filosóficas reinantes en la Europa actual; los hermanos Henríquez Ureña, lingüistas notables; y no olvidemos ni por un instante tantos y tantos hombres ilustres que llenan las letras de América, como Donoso, Zaldumbide, Lugones, V. García Calderón, Reyes, el Dr. Varona, el gran escultor Muñé, como su compatriota Carlos Castellanos, cuyos lienzos han traído la originalidad de América a los salones de París, en donde se agotaba una vegetación de invernadero. Toda esta *élite*—y perdón por los que olvido que son muchos—tras una labor de *americanización* de lo que absorbemos en Europa, va encontrando una orientación poderosa en nuevos campos del espíritu. Ahora como nunca pienso en las fuerzas de América y en ellas confío cuando veo levantarse inteligencias como las del autor de este *Mensaje*, que cuento entre mis mejores amigos del continente. Todas estas manifestaciones, hoy desconocidas, serán otras que nos hablarán de un pasado de fuerzas que lucharon por la conquista de lo que el tiempo va dando.

De lo propiamente mental, dialéctico, del *Mensaje* que me ha traído hoy de América un poco de alegría en la tristeza del otoño, no me ocupo, pues en esta carta, que va más al público que al autor, sobraría un análisis de un asunto que sabiamente presenta el jóven filósofo: no quisiera sino que los lectores de estas frases mías leyeran con cuidado el *Mensaje* y más aun: que lo meditaran en silencio, porque

encierra un anhelo que sustenta sinceridad y capacidades de expresión ideológica nada común en América.

Amigo Vincenzi: creo bien en lo que dice el original cronista Soiza Reilly: «Los pueblos se juzgan mejor a través de un libro que a través de veinte Ministros Plenipotenciarios...», sólo que la realidad nos enseña que los pueblos envían al extranjero más Ministros que libros. ¿Será porque es más fácil improvisar un Ministro que hacer un libro? Pero qué tontería la mía: hay libros que son como Ministros y que hacen sus veces. Sólo te aseguro que el tuyo no es de los últimos.

Con mis cariños por tu labor intelectual, te abraza

NAPOLEÓN PACHECO

(Envío del autor).

"Parnasos" y otras cosas...

POR A. TORRES RIOSECO

NUESTRA literatura hispano-americana está despertando en los Estados Unidos más interés de lo que se esperaba. Críticos más o menos concientes analizan nuestras letras; las Universidades anuncian nuevos cursos sobre Rubén Darío y el movimiento modernista; los diarios de alguna importancia hablan de vez en cuando de nuestras poetisas jóvenes. Yo miro estas piruetas de entusiasmo con cierto escepticismo. El negocio lo obliga y es menester seguir adelante, pero, francamente hablando no veo grandes cosas en nuestra producción intelectual. Aparte de Darío, algunos ensayos de Rodó, la literatura gauchesca y uno que otro escritor del siglo XIX, no hay terreno propicio donde enterrar labor crítica. Claro está que tenemos geniecillos locales, pero ésos han pasado de moda. Pero no quiero inquietar a cierta gente con afirmaciones «avanzadas». Por otra parte la mediocridad literaria no se reduce únicamente a Sud-América, como lo podrían afirmar los críticos de la literatura española actual o los entendidos en letras francesas.

Decía que los yanquis se esfuerzan por conocer nuestra producción literaria. Esto da ocasión a nuestros literatos para ganar algunos reales honradamente mediante el arreglo de «Parnasos». Existen, ya lo sé, estas cosas, pero hechas tan ignominosamente que cualquier persona culta se resiste a tomarlas en serio. Castro Leal e Icaza han presentado la producción lírica mexicana en forma decente. Un buen señor colombiano de nombre Icaza ha desprestigiado por muchos años la literatura colombiana presentando dos o tres docenas de adocenados rimadores. Armando Donoso ha dado a conocer el nombre de sus amigos personales en su «Pequeña Antología». Osvaldo Bazil ha preparado una voluminosa antología dominicana. ¡Dios mío, más de treinta poetas en Santo Domingo!

Me extraño que Blanco Fombona no nos suelte su Parnaso Venezolano desde su famosa casa madrileña. Mario Barreda presenta en forma regular la producción poética de la Argentina, etc., etc.

Ahora bien, yo sé que hay un núcleo de gente joven que se agita por hacer literatura conciente en Sud América. Esto no significa que la obra esté hecha, pero el germen está ahí. En vez de agregar nombres insignificantes sería mejor que cada país nos preparase un Parnaso bien seleccionado con cinco o seis autores representativos. El trabajo es breve; la bibliografía fácil de hacer; los poemas están a la disposición de todo el mundo. Y luego el seleccionador habrá de vender miles de copias y quedará en paz consigo mismo.

Me pedía un periodista chileno que señalara los medios para un intercambio literario entre las dos Américas. El tema me atrae, pero soy un hombre pobre y no puedo estar dando lecciones a tanta gente ociosa que vegeta en nuestras redacciones. «La Nación» de Buenos Aires, «El Mercurio» y «La Nación» de Chile, «El Comercio» de Lima etc., tienen aquí sus corresponsales. ¿Por qué en vez de hablar de estupideces y de copiar noticias de periódicos yanquis, no estudian estos señores la cultura de América e ilustran a sus lectores sobre el particular? Ahora se están formando sindicatos en el periodismo, es decir empresas que aumentarán la ignorancia en que estamos con respecto a Estados Unidos; que mentirán desaforadamente y que se darán buena vida a costa de nuestros canijos *leedores* de «correspondencias de los Estados Unidos». Yo hablaría de todo esto desenmascarando a nuestros corresponsales analfabetos, pero soy un hombre pobre y tengo muchas ocupaciones de más importancia. El REPERTORIO AMERICANO ha publicado artículos de Pedro Henríquez Ureña y de José Juan Tablada que han llevado a nuestras juventudes las primeras noticias de interés que aquí existen. Si nuestros periódicos enviaran media docena de hombres de esta clase, el periodismo tendría razón de ser. Pero los salitreros chilenos, los ganaderos argentinos y los petroleros mexicanos quieren cosas diferentes y Nueva York les satisface con revistas como «El Norte Americano», «La Nueva Democracia» y «Revista del Mundo». Nuestras señoras se dedican a la literatura de las modas y «Pictorial Review» les da ilustración. Y cuando se publica «Novedades» no hay lectores en nuestro culto continente.

Yo soy un hombre sin método. Empecé a escribir sobre «Parnasos» y he perdido el tema. De todas maneras sé que estoy diciendo cosas útiles y que mis palabras deben ser oídas. Es tiempo de que conozcamos que aquí hay una cultura superior y que sepamos aprovechar el elemento bueno que ella contiene. Para dar informaciones sobre box, foot-ball y otras actividades animales sería mejor que nuestros «delegados intelectuales» se quedaran metidos en sus ranchos. Con novelones de escándalos sociales, con correspondencias ingenuas y torpes, con embajadores diplomáticos incultos, con una poesía de imitación no se va a ninguna parte. Nuestras implumes democracias, corrompidas hasta la medula por la politiquería y el bandolerismo de la burocracia, tienen muchas cosas que aprender de los Estados Unidos. Tal vez aquí aprenderemos la manera de obtener la libertad de Santo Domingo y Puerto Rico, sin estériles propagandas, sin cartelones de circo, sin gritos destemplados que hieran los tímpanos de las personas finas.

1921. *(Envío del autor).*

El intelectualismo de Pérez de Ayala

POR AZORÍN

Quién es, lector amigo, este extraño señor que está a nuestro lado? Que está a nuestro lado en un tranvía, en un teatro, en una tiendecilla de libros. Es alto y delgado; parece todo nervios. Y hay en su cara—esto es lo singular—algo del Voltaire, de Houdon y del Lope de Vega de Perret. Esta faz, estos ojos, esta boca, estos gestos expresivos son todo comprensión. Una sonrisa irónica, de plena inteligencia, revuela de cuando en cuando por su fisonomía. ¿Es este hombre un matemático, uno de esos matemáticos en posesión de un lenguaje hermético, inescrutable, sólo comprendido por un centenar de personas en Europa? ¿Es un jugador, un jugador prodigiosamente inteligente, como Benjamín Constant y como el dramaturgo Regnard? Si es un jugador como Constant, como Regnard, como Dostoievski, se acostará a la madrugada, después de una noche de esfuerzos y de cálculos, de combinaciones y de próspera o adversa fortuna; en su frente habrá en todo momento dos o tres arrugas profundas de atención, de reflexión; tendrá unos múltiples cartoncitos donde vaya apuntando largas hileras de números; realizará hondos y perseverantes estudios para captar la Fortuna—tan pérfida y liviana—; celebrará tal vez largas conferencias con un «profesor rumano de juegos de azar», como el que había en San Sebastián, y de esas conferencias saldrá el plan definitivo, completo, para la próxima sesión. Y su criado, el pobre, soñoliento, fatigadísimo, le esperará toda la noche, hasta el alba, y exclamará, como el cubiculario de *El jugador*, de Regnard:

Que servir un joueur est un maudit métier!

Pues, lector amigo, el señor que tenemos junto a nosotros no es ni un jugador, ni un matemático. Si estos hombres viven constantemente ejercitando su inteligencia, esclavos de su inteligencia, Ramón Pérez de Ayala—que es nuestro compañero en el teatro, en el tranvía, en la tienda de libros—vive también de la inteligencia y para la inteligencia; pero el resultado de sus cogitaciones no es el artificio hermético sólo comprendido por cien personas en Europa, ni la combinación cabalística del tahur, sino bellos libros, elegantes libros, los libros escritos, actualmente, en el más ático y fluido castellano. Pérez de Ayala ha publicado recientemente dos volúmenes:

DON RAMON PEREZ DE AYALA

Retrato de MIGUEL VILADRICH.

uno de prosa, novela; otro, de versos. El de prosa se titula *Belarmino y Apolonio;* y el poético, *El sendero andante*. Pocos días hace que *Belarmino y Apolonio* se ha puesto en los escaparates de las librerías; rápidamente la edición ha sido agotada. El editor se dispone a lanzar otra al mercado. Ha sido prestamente agotada la novela, y nadie ha dicho nada de ella; no han hablado los críticos—¿dónde están los críticos?—ni se han hecho en su torno reclamos ni anuncios llamativos.

Belarminio y Apolonio es una novela que representa todo un estado literario. Su lectura ha de sugerir reflexiones relativas a un interesantísimo problema de estética y de psicología literaria. Ramón Pérez de Ayala es uno de los más genuinos representantes en España del intelectualismo; si quisiéramos oponerle—fuera de España—un ejemplar de cualidades diversas, tendríamos que citar a Barrés, todo intuición, todo vaga sentimentalidad, todo hegelianismo a la moderna. En Pérez de Ayala, la inteligencia—es decir, el examen, la asociación, la disociación—es lo que domina. Ante el espectáculo del mundo, Ayala, fríamente, serenamente, examina los matices, los cambiantes; relaciona unas cosas con otras; se da cuenta agudamente de las diferencias y las oposiciones. Su mirada va al fondo de la realidad; tal vez, cuando va a tener un ímpetu romántico, ingenuo, una sonrisa de ironía, de sarcasmo—como en Voltaire—asoma a sus labios.

Y esta visión analítica de las cosas le proporciona una exacta medida del conjunto y de las proporciones. La exacta medida de las cosas en literatura—y en todo—se llama elegancia, aticismo. Abrid cualquier libro de Pérez de Ayala; repasad este prodigioso, maravilloso, *Belarmino y Apolonio*. Veréis inmediatamente la fluidez en la expresión, la abundancia del léxico, lo selecto y peregrino del vocabulario, el giro armonioso, eurítmico de las cosas y de las ideas. Nada escapa a la visión penetrante del autor; cuando creéis que tal o cual contraste va a pasar inadvertido, ahí está el gran humorista que de un plumazo, delicada y elegantemente, sonriendo — sonriendo con fina ironía—, ha descubierto la grotesca oposición oculta.

La posición del intelectualismo en el mundo, frente a la vida, es una posición de desinterés. No se comprende cómo el intelectualismo—que es examen antiutilitario—pueda tomar partido por un gran tema pragmático. La ciencia no nos da conclusiones. La ciencia se limita a hacer constar hechos. ¿De qué manera el intelectualismo podrá aventurarse en una afirmación (política, humanitaria) ajena a la ciencia? El gran escollo de la posición intelectualista es ese; la actitud del intelectualista es simplemente la de un espectador. Y ¿se puede ser espectador en la batalla de la vida, espectador, frío e impasible, en estos tiempos de angustias sociales, de anhelos por parte de los oprimidos de reivindicaciones justísimas, de nacimiento de un nuevo derecho y de una nueva moral?

No; y aquí entra una contradicción, felicísima, que la misma inteligencia resuelve y armoniza. Voltaire, intelectualista, espectador, se traiciona a sí mismo. Como artista, deja que el corazón avance sobre la inteligencia; y así, en algunos de sus poemas llega a la verdadera emoción (como en el delicioso *El tu y el usted)*. Como ciudadano, ahí está, en la memoria de todos, su tenaz y nobilísima defensa de Calas, el asunto Dreyfus del siglo

XVIII. Pues Ramón Pérez de Ayala, espectador irónico, intelectualista empedernido, prístino, se traiciona también. En *El sendero andante*, el lector puede ver el emocionante poema *El barco viejo*, y en toda la obra periodística del autor refulge, en páginas de una elegancia suprema, su amor a la Humanidad, a la justicia y al libre desenvolvimiento de la personalidad.

¡Qué profundos secretos los de la inteligencia! Creemos conocerlos, y no sabemos nada de ellos. Intentamos trazar una ruta a su marcha, y la inteligencia se abre otra. Llegamos hasta plantearle un conflicto al intelecto, y el intelecto—como en el caso de Ayala —hace una elegante pirueta, Arlequín de lo abstracto, y resuelve el problema maravillosamente. Lector: *Belarmino y Apolonio*, pienses o no como Ayala, debe figurar en tu biblioteca.

(*A. B. C.* Madrid).

Confederación de los intelectuales de habla española

CONFORME indicaba la invitación hecha por conducto de la prensa, ayer se reunieron en el claustro universitario[1], los intelectuales de diferentes países latino-americanos que se encuentran en esta capital, y que acudieron al llamado de los señores Ramón del Valle Inclán, Fernández Guardia, Belaunde, Manuel Ugarte, Luis Felipe Obregón, Pedro Henríquez Ureña, Héctor Ripa Alberdi, Félix F. Palavicini y Antonio Gómez Restrepo, a fin de constituir la Confederación Latino-americana de Intelectuales.

Muy cerca de sesenta personas fueron los reunidos, dando desde luego principio a la sesión a que se les había convocado.

A propuesta de los reunidos, fué declarado el licenciado José Vasconcelos, director de debates, con el carácter provisional de presidente de la Confederación, y por aclamación, presidente honorario de la misma, al señor Ramón del Valle Inclán.

Antes de pasar a reseñar la sesión, en las siguientes líneas indicaremos cuáles fueron las personas que concurrieron a ella, debiendo advertir que posiblemente algunas, en contra de nuestra voluntad, no pudieron ser anotadas por el cronista:

Excelentísimo señor Antonio Gómez Restrepo, Embajador Especial de Colombia; Excelentísimo señor Manuel Ugarte, Embajador especial de Honduras; licenciado José Vasconcelos, Rector de la Universidad Nacional; Ramón del Valle Inclán, Herminio Pérez Abreu, presidente municipal; diputados Felipe Carrillo, Enrique Bordes Mangel, Aurelio Manrique, Castillo Torre, Ramos Pedrueza, Rubén Vizcarra, Alberto María Carreño; señores Torres Bodet, Joaquín Méndez Rivas, Alberto Velázquez, Mariano Silva, Ricardo Gómez Rueda, Alfredo Ramos Martínez, Carlos Soto, R. Ortega, Jesús B. González, Vicente Lombardo Toledano, Juan Crespo, Gabriel Alfaro, Adolfo Rivera, Enrique Schultz, Cayetano Ruiz, Leopoldo Camarena, Luis Mena, Ramón Corona, Francisco César Morales, Leopoldo Roel y Bernardo Ortiz de Montellano.

Además, concurrieron a la sesión los siguientes delegados al Congreso Internacional de Estudiantes que en la actualidad se celebra: de la Argentina, Héctor Ripa Alberdi, Arnaldo D. Reinald y Enrique Daugres; Colombia, José Eutasio Rivera, secretario de la Embajada; de Costa Rica, Ricardo Fernández Guardia; y otras delegaciones, entre las que anotamos los siguientes nombres: Luis Felipe Obregón, Carlos Mérida, Carlos Zamayoa Aguilar, Carlos del Río, Carlos Deambrois, Heliodoro Valle, Pablo Vrilland, Raúl Porras Barrenechea, José Antonio Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Blanco Fombona, Miguel Zúñiga Cisneros, Diego Meza, Oscar Vargas, Carlos Mayor Aguilar, Oscar Spada, Erasmo Roca, Gustavo Pérez Tablada, Joaquín Ramírez, Delfino Torijano y otras personas más.

Al iniciarse la discusión, y después de que, como anteriormente indicamos, el señor Ramón del Valle Inclán fué nombrado presidente honorario del Congreso, y el licenciado Vasconcelos, director de debates, se presentó a la consideración de los congresistas, por el mismo licenciado Vasconcelos, un proyecto para iniciar las labores del Congreso.

Las proposiciones presentadas por el Rector de la Universidad, entre otros, mantenían los siguientes puntos:

«La Federación de Intelectuales Latino-americanos declara que su fundación en la sociedad, no será únicamente la de borrar ideas ni ejecutar trabajos teóricos, sino intervenir de una manera directa en los asuntos públicos, y que esta intervención deberá manifestarse por la tendencia de emancipar al espíritu y de establecer en la vida social las formas de Gobierno más liberales y los sistemas económicos más avanzados, con el propósito de lograr la dicha de todos los hombres, sin distinción de razas, ni de clases, ni de países.

»Declara, asimismo, que es urgente trabajar para que todos los pueblos ligados por el idioma español, unan sus destinos en una sola federación que los represente ante los demás pueblos de la tierra, y se comprometan a trabajar porque en sus respectivos países se den los pasos necesarios para el logro de este urgentísimo propósito.

»La Federación desde luego dirigirá un mensaje de felicitación a los Presidentes de Guatemala, Honduras y El Salvador, por el ejemplo de abnegación que acaban de dar, renunciando a su carácter de Presidentes de pequeñas nacionalidades, para convertirse en Gobernadores de una Patria más grande y más alta. (Aprobado sin discusión).

»La Federación de Intelectuales Latino-americanos se compromete a trabajar por la abolición de todas las tiranías, tanto políticas como económicas, y porque en todos los países que forman la Unión Latino-americana, inclusive España, se establezcan no sólo regímenes democráticos y republicanos, sino el socialismo avanzado, como lo requiere la época porque atraviesa el mundo, ya que la justicia absoluta debe ser la norma de las relaciones sociales».

A continuación, y después de algunas aclaraciones, comenzaron a discutirse las proposiciones que anteriormente apuntamos, y que fueron objeto de diferentes reformas, según las iba expresando el orador, pues a última hora se vió la necesidad de variar algunos de los conceptos que contienen.

El señor Belaunde, delegado por el Perú, manifestó que la misión del Congreso no debería ser puramente literaria, pues entonces sólo se lograría obtener un conjunto de palabrería que no daría resultado práctico alguno. Agregó que el sentimiento de unidad latino-americano, sólo se llega a expresar, con diferencia de matices, en cuanto la integridad de algún país se encuentra amenazada. Terminó diciendo que había de formarse la Patria intelectual por los maestros y por los poetas y luchar por la democracia bajo instituciones que garanticen la justicia social.

El licenciado Vasconcelos hace una aclaración indicando el programa socialista de Gobierno y haciendo ligeras disertaciones sobre el particular.

A continuación, el señor don Ramón del Valle Inclán manifiesta que los Gobiernos, y principalmente el de España, se opondrán a la realización de los proyectos del Congreso, por lo que había que luchar duramente.

(1) De la Universidad Nacional de México

Prueba de la resistencia de los Gobiernos conservadores, dijo el bardo español, es que los once discursos de Lenine son solamente conocidos en el idioma italiano, ignorándose por completo lo que ellos encierra en toda la América, pero sin embargo, sí han sido censurados. Debemos darnos a conocer por medio del libro, el libro debe tomarse como base del organismo del Congreso, pues sólo por él podremos hacernos oir.

El delegado Carreño, pide se concreten las proposiciones hechas, indicando que sería conveniente el nombramiento de una comisión que se encargue de redactar los puntos fundamentales del Congreso, y así, cuando sean conocidos y estudiados, puedan discutirse ampliamente.

Al terminar el señor Carreño, el licenciado Gamboa manifiesta que desearía saber de qué clase de socialismo se habla en las proposiciones y de qué clase de socialismo tratan los señores congresistas, pues entiende que tiene tres grandes divisiones: el radical, el exagerado y el mediano.

El licenciado Vasconcelos: Se trata del socialismo puro, como base fundamental de la honradez.

El doctor Rivas Vázquez, representante de Venezuela, indica a continuación que desea vehementemente el éxito del Congreso, por lo cual no deben ser festinadas las ideas; pide nuevamente se nombre una comisión integrada por cinco personas que redacte bases precisas, indicando que debe hacerse desde luego el nombramiento de la mesa directiva y ser firmada el acta constitutiva del Congreso.

Se toma en consideración lo propuesto, suspendiéndose por cinco minutos la sesión, a fin de que los congresistas cambien impresiones y se proceda al nombramiento de un presidente, un vicepresidente, un secretario, un prosecretario y un tesorero.

Hecha la elección, resultan triunfantes los siguientes señores:

Presidente efectivo, licenciado José Vasconcelos, con 64 votos.

Vice-presidente, Alejandro Rivas Vázquez, con 36 votos.

Secretario, Rafael Heliodoro Valle.

Prosecretario, Horacio Blanco Fombona.

Tesorero, Isidro Fabela.

A continuación se procede a redactar el acta constitutiva, y sin discusión es firmada la siguiente:

«En la ciudad de México, a tres de octubre de 1921, reunidos en el claustro universitario, los suscritos ciudadanos de la América Latina, correspondiendo de esta suerte a la invitación que al efecto se les hizo y después de haber expresado varios oradores su parecer sobre los fines que deberá perseguir y la forma que ha de darse a la Federación de Intelectuales Latino Americanos, que se trata de establecer, resolvieron:

»Primero.—Declarar constituída la Federación de Intelectuales Latinoamericanos con el objeto de estrechar las relaciones existentes entre los pueblos de origen común de América y luchar por la defensa y engrandecimiento de la raza.

»Segundo.—Nombrar con carácter de provisional un Comité con residencia en esta ciudad, encargado de constituir las bases y reglamentos de la institución en referencia, dirigir la propaganda en el Continente y en España y representar las aspiraciones comunes de las Repúblicas latinas de América. Comité integrado por los señores Vasconcelos, Rivas Vázquez, Heliodoro Valle y Blanco Fombona.

»Tercero.—Designar presidente honorario de la Federación a don Ramón María del Valle Inclán.

»Cuarto.—Declarar que cada una de las Repúblicas latino-americanas, tendrá derecho para elegir un vocal con facultades para convocar y organizar en la República que represente, la Federación de Intelectuales, en la forma que estime más oportuna.

»Quinta.—Autorizar a los Comités organizados por los vocales de que se habla, para que fomenten la creación de subcomités de acuerdo con las instrucciones del Comité Federal, cuyo presidente efectivo se eligirá, por mayoría de votos, entre los vocales de los países en que se haya establecido la Federación.

»Sexto.—Convocar a un Congreso de Intelectuales latino-americanos que deberá reunirse en la ciudad que al efecto se designe por mayoría de votos de los Comités Centrales, Congreso que habrá de reunirse dentro de seis meses en la fecha y con el programa que acuerde el Comité Federal».

Con aplauso fué recibida la lectura de la anterior acta, siendo incontinenti firmada por todos los asistentes.

(El Universal. México, D. F.)

Por qué preguntan los niños y cómo se les debe contestar

Por L. L.

Una de las dificultades mayores que se presentan a las personas adultas en el trato de los niños es, sin duda, la de conversar y dialogar con ellos. El carácter elemental y rudimentario de la vida psíquica infantil, y, por tanto, la diferencia enorme existente entre ella y la de las personas mayores, suelen hacer de ordinario que éstas adopten en su trato con los niños dos actitudes: una, la de considerarlos como algo enteramente pueril, trivial, ameno; otra, la de atribuirles una capacidad y un desarrollo espiritual excesivos. De la primera suele nacer la «infantilización» de las personas adultas; de la segunda, la «humanización» del niño. En ambos casos se coloca a éste fuera de lugar y se dificulta o imposibilita una conversación «seriamente infantil» con él.

Más claramente que en nada se ve esto en las preguntas de los niños. Una persona adulta, no habituada al trato con ellos, resiste difícilmente ese fuego graneado de la interrogación infantil, y bien se desentiende él con evasivas o bromas más o menos afortunadas o bien le responde en una forma enteramente inadecuada á la inteligencia del niño.

Comprendiendo, sin duda, esta dificultad de tratar como es debido a los niños, un grupo de psicólogos y educadores alemanes ha redactado unas hojas interesantes, vulgarizando en forma de consejos a los padres y maestros, las condiciones más esenciales para el desarrollo de la vida infantil. Estas hojas han sido publicadas recientemente por el «Instituto central de educación e instrucción» de Berlín —del cual ya hemos hablado—, y una de ellas se refiere precisamente a este tema de la interrogación infantil (1).

Como creemos que su divulgación puede ser también ventajosa para los niños españoles, y acaso dar lugar a ensayos o trabajos semejantes entre nosotros, la reproducimos a continuación, variando sólo un poco su forma de redacción.

La hoja en cuestión dice:

«El niño pequeño comienza a preguntar porque tiene que hacerlo así por una tendencia innata. Como toda expresión natural, la interrogación del niño posee siempre un sentido. ¡Tomadla en serio! Creeos obligados, como educadores, a contestar a ella. No la rechacéis con un cómodo «¡Qué pregunta más tonta!», sólo porque os resulte incómoda o poco clara. Inquirid atentamente, por el contrario, su sentido oculto. Observad para ello al pequeño interrogador. Perseguid el juego variable de sus gestos interrogatorios; aguzad el oído para percibir los delicados matices del tono de las preguntas; reflexionad e introducíos en sus pensamientos interroga-

(1) «Pädagogische Merkblätter, herausgegebe von den Zentral-Institut für Erzielung und Unterricht.—Núm. 6. Warum fragt mein Kind und wie soll ihm antworten?

tivos, a menudo tan singulares y chocantes.

Fácilmente escapa al educador la primera germinación de la interrogación infantil. Observad si no es perceptible ya en los vivaces monosílabos del primer lenguaje un deseo interrogativo. Notad qué pronto se apropia con impetuosidad del mecanismo idiomático de la interrogación. Ved cómo el niño, deseoso de charlar, quiere conocer todo lo que ve, oye y coge. No os canséis en esta época, en que se forma el primer tesoro de palabras, de contestar hablando con el niño que interroga. No temáis dar el nombre deseado por miedo de que esto sea prematuro. Lo que el espíritu infantil no pueda aprehender y concebir, lo rechaza él por sí mismo.

Las primeras preguntas se hacen, generalmente, en un lenguaje torpe y extraño. El niño habla—así lo quiere la Naturaleza—con expresiones propias. No le dogmaticéis sobre ello. La corrección y censura excesivas de esta floración bravía mata la alegría del preguntar y paraliza al confiado interrogador. Dad las respuestas de modo irreprochable, pero dejad que crezca sin podaduras la tendencia interrogadora infantil.

A las preguntas por los nombres, asocia la tendencia cognoscitiva las preguntas «¿qué?» y «¿cómo»?, «¿dónde?» y «¿cuándo?». Un arte delicado de educación es no contestar precipitadamente esta saludable curiosidad por los sucesos y las cosas. Si el niño puede encontrar por sí mismo la solución, incitadle a buscarla y descubrirla por sí propio.

Hacia los cinco años surgen las preguntas «¿por qué?», «¿para qué?». El niño comienza, a su modo, a pensar y a filosofar. Muchas veces permaneceréis silenciosos ante preguntas infantiles que diez sabios no podrían contestar. ¿Dónde detenerse? Esforzaos siempre en tener una palabra y una respuesta prontas en la medida de vuestras fuerzas. Pensad que tras un «Esto no lo entiendes tú» o un «Esto no te importa», vuelve a surgir la pregunta rechazada y puede atormentar e intranquilizar al niño. Pero haced que el interrogador empiece siempre por dirigirse a sí mismo sus preguntas y que se esfuerce en pensar las respuestas. Enseñadle desde temprano a ver cómo las personas mayores tienen también que informarse ante ciertas preguntas. Acostumbradles asimismo a la delicada disciplina de la interrogación, a preguntar modesta y hábilmente a su tiempo debido. Mostradle, finalmente, que no todo «¿por qué?» y «¿para qué?» proceden del pensar hondo del niño, sino que muy a menudo las preguntas son sólo por las apariencias externas, y que no se pueden contestar fácilmente.

Exigen una sensibilidad y una inteligencia personales muy delicadas para con el alma infantil las respuestas a las preguntas del niño sobre los asuntos religiosos, sobre el secreto del devenir humano y sobre aquellas cosas que no deben herir su espíritu sensible. No buscar aquí reglas y fórmulas rígidas para contestarle. Hay una cosa cierta: la tendencia inquisitiva, sin reservas, no es saludable. El niño vive en un mundo de imágenes y cuentos y maravillas. No os haréis responsables de un insincero encubrimiento si revestís poéticamente lo inasequible, y de esta forma lo hacéis comprender primeramente.

No es raro que el niño haga de sus preguntas un animado jugueteo. Reconoced cómo, aun esta charla interrogadora tiene un sentido profundo. El niño se ejercita con ella en la destreza de interrogar, y hace de esto una fuente de alegría inocente. ¿Por qué ha de mantenerse alejado y malhumorado el educador de este juego infantil o ha de impedirlo? Evitad sólo que este vacío jugueteo interrogador pase como un mal hábito a los años ulteriores.

Otras preguntas infantiles nacen de un corazón muy lleno. Tras ellas se ocultan deseos y anhelos; a veces también opresiones y miedos. Esforzaos en comprender e interpretar tales preguntas cordiales y en encontrar la respuesta satisfactoria. Pero esto sólo lo logrará el amor comprensivo. Las preguntas del corazón piden la respuesta del corazón.

Observad la carencia o la pobreza de preguntas en el niño. Enteraos de sus causas. ¿Teme preguntar por timidez? ¿Carece de placer o de habilidad para hablar? ¿Es pobre de espíritu, o presenta las preguntas solo embozadas? ¿Su preguntar es mezquino porque no tiene gusto por las cosas, o porque es demasiado cómodo y lento en pensar? ¿Acaso ha perdido la costumbre de preguntar el niño solitario? No podréis trasplantar la tendencia interrogadora cuando la naturaleza se la haya negado. Pero sí podéis despertar la satisfacción de preguntar, cuando está sólo adormecida, y convertir la lentitud en un pequeño arte. Dirigid para esto la curiosidad del niño a las cosas. Dad siempre a la pregunta más insignificante una respuesta gustosa e inteligible, que estimule y anime al pequeño interrogador. Preguntad con frecuencia, sencilla y jovialmente, al niño y rodeadle en sus juegos y conversaciones con miles de preguntas variadas.

De esta suerte fomentaréis la curiosidad del niño y desarrollaréis sus fuerzas espirituales.

Zambrana

[Palabras dichas por el Lic. Don Manuel Sáenz Cordero al descubrir el retrato del doctor don Antonio Zambrana, en la Facultad de Derecho de Costa Rica el 27 de noviembre de 1921.]

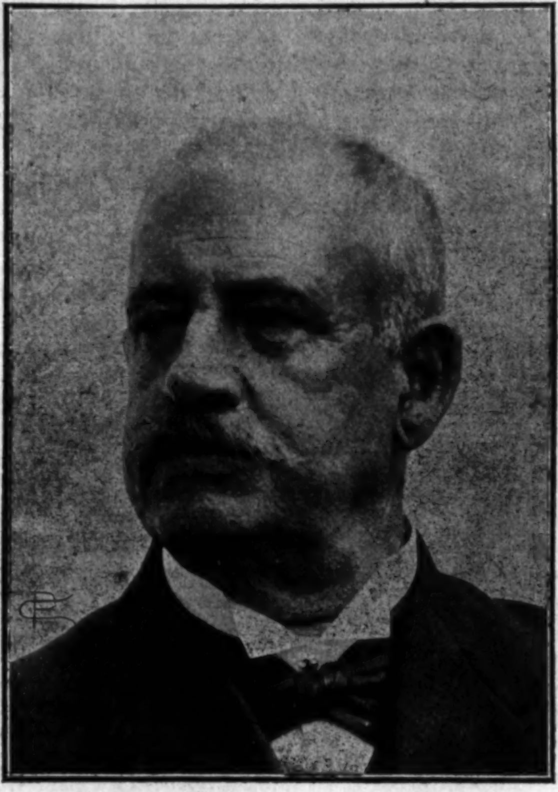
Señores:

El Colegio de Abogados de Costa Rica aspira a tributar en esta noche un homenaje de gratitud y cariño a un viejo maestro suyo, cuya palabra docta y armoniosa que aun resuena en nuestros oídos, fué fanal de viva luz que iluminó — durante media centuria a todas las inteligencias de la República—y un retrato al oleo que la devoción de sus antiguos discípulos y amigos hizo pintar por uno de nuestros mejores artistas, va a ser colocado solemnemente en este salón de actos públicos de nuestra Facultad de Derecho.

Este modesto pero significativo festival, estaba llamado a formar parte de los actos que conmemoraron el primer centenario de la independencia de Costa Rica, porque quien quiera que conozca un poco su historia tiene necesariamente que admitir, que el arribo a nuestras playas el año 1876 del doctor don Antonio Zambrana, constituye uno de los *acontecimientos nacionales* del siglo que feneció el último 15 de setiembre, y no fué sino por motivos que se escaparon a la previsión del Comité organizador del homenaje, que no se realizó en el momento y en la oportunidad por él previstos.

En la determinación del Maestro de venir a Costa Rica, Zambrana no hizo otra cosa que seguir los consejos de la fama de nuestra tierra solariega, ya que con razón o sin ella, Costa Rica mantuvo durante esta centuria de consolidación continental la reputación envidiable de nación organizada, y que hasta algunos amigos entusiastas suyos que contemplaron en otras partes los excesos de la libertad o de la tiranía, hablaron de la existencia de una SUIZA en América. Pero lo que en todo caso nadie discute es que nuestra Patria fué y sigue afortunadamente siendo, lugar de reunión para muchos hombres prominentes de Europa y de América, no solo ahora, repito, sino desde los primeros días de su independencia, cuando nuestra vida política y social, por incipiente carecía de halagos, y el país no podía ofrecer al extranjero culto otra cosa que las incomodidades de un viaje penoso a través de nuestras campiñas y forestas, a cambio de un clima confortable y de una vida apenas relativamente patriarcal.

«Presidentes caídos, Ministros odiados, Generales y Jefes vencidos, notables ciudadanos expatriados recibieron nuestra cordial hospitalidad» y encontraron en el ambiente de la novel y diminuta República, paz para



DR. ANTONIO ZAMBRANA,

Orador y jurisconsulto cubano, catedrático y periodista

sus corazones y protección y amparo para sus personas y bienes. Para no ir más lejos, ya por el año 33 llegaron al país los Generales LAMAR, GAMARRA Y FLORES, todos héroes de la independencia sud-americana y compañeros de Bolívar, Sucre y San Martín. GARIBALDI, el héroe de la unidad italiana, ya en camino hacia su glorioso destino, tocó en nuestro puerto del Pacífico; y NELSON, el vencedor de Trafalgar, aunque por otras razones y distintos móviles, remontó el Río San Juan hasta Castillo Viejo, cuyo fuerte bombardeó. Trevithick, quien disputa a Stphenson la gloria de haber descubierto la locomotora, proyectó sobre el terreno el ferrocarril a Nicaragua; Hoffman ascendió al Irazú y al Barba; Silater escribió sobre ornitología de Centro América; Gabb, Salvini, Laurance, y cien sabios más fueron heraldos en el exterior, no tanto de la magnificencia de nuestra vida social, como de las enormes riquezas naturales del país.

En fin, para no hablar más que de Zambrana, no olvidemos que las guerras de la independencia americana terminaron en Cuba, pero que antes de que llegara el anhelado día en que la Perla de las Antillas asumiera los atributos de su personalidad internacional, y que en la gasa espumosa que corona sus costas risueñas, devolviera de última a la madre España, el mensaje ultramarino que la primera fué en recibir del glorioso y desgraciado Almirante, ruda fué la pelea: A cada brote de revolucionario sofocado, los cantores y soldados de la independencia cubana huían del fiero león ibero para buscar en las playas libertadas del continente, la espada vengadora de sus gloriosos próceres. Y fué así, tras las huellas de los ilustres proscritos que fueron nuestros huéspedes y despues nuestros heraldos, como llegaron a esta Capital MARTÍ, ZAMBRANA y MACEO.

MARTÍ fué grande entre los pensadores de América, pero sólo fué un astro pasajero en la oscuridad de nuestro pasado; ZAMBRANA, en cambio, era una antorcha eternamente encendida en el corazón de la conciencia cívica: y es así como su aparición constituye, como dije antes, uno de los acontecimientos nacionales en nuestro primer siglo de independencia; por que no solo fué y es un talento extraordinario, sino que en todas las esferas de nuestra actividad política y social, dejó huellas profundas de su personalidad creadora; porque no se contentó con ser grande, y con saber que lo era, sino que como un sol magnífico todo lo que lo rodeaba, a su vez lo engrandecía.

El se dió buena cuenta de que en la idiosincracia de la nacionalidad costarricense había cepa para practicar la República verdadera, y se empeñó con fé apostólica en HACER REPÚBLICA.

El comprendió que a la vida intelectual y al desenvolvimiento jurídico del país hacía falta una más clara y exacta visión del derecho, y dió vida al Colegio de Abogados y a esta Escuela que es su complemento, a cuyas aulas llevó el bagaje de su vasta y sólida instrucción forense, en todas las ramas de esta vasta ciencia; que la vida literaria carecía de un centro cultural, y fundó el ATENEO y lo presidió, brindando con ello oportunidad propicia a nuestros más claros talentos para lucir en los JUEGOS FLORALES sus facultades poéticas; fué amigo de los pobres con quienes compartió persistentemente sus escasos sueldos; de los menesterosos, a cuyo servicio puso siempre en las veladas sus frases de

cristal, y por último, rodeado de un grupo de hombres nuevos, marcó nuevos derroteros en la vida de la República.

Mazo formidable a cuyos golpes la roca de las tradicionos monarquistas se desmoronaba, el fué clarín sonoro de las excelencias de la República como organismo político, y de la democracia como institución social; él señaló con la Filosofía la existencia de los DERECHOS NATURALES E INVIOLABLES DEL HOMBRE, que nacen con su propio ser, sólo de los cuales arrancan los derechos convencionales del Estado.

«Hagamos República, exclamaba erguido y admirable de fe. Hacer República es suprimir sobre todo la omnipotencia del Gobierno».

«Por muchas que sean las libertades políticas de un pueblo, la centralización administrativa suprime una que es muy esencial: la de vivir por sí, la del manejo de sus propios intereses, la de la actividad conciente, que sean cuales fueren sus peligros, es la gloria y la grandeza del ser racional sobre la tierra».

«El carácter universal de la ley —exclamaba—es lo que le da su grandeza—, lo que hace de ella algo de impersonal, de extra humano, por decirlo así: como si en vez de ser artificio nuestro fuera un oráculo de la naturaleza cuando es de veras la expresión del derecho en fórmula de gravitación social, un eco de la conciencia humana; quien quiera que la encuentre y que la fije, no es la obra de este individuo o de aquél, no queda encerrada en los límites de una frontera, no cabe bajo los pliegues de una bandera nacional; tiende su vuelo sobre las barreras que separan a los hombres, y forma parte, un día u otro, del acervo de la civilización...»

«La idea y el sentimiento de la Patria—decía—nacen ciertamente en lo más hondo de la naturaleza humana, y por impulso lógico suyo, amamos con invencible amor la tierra en que nacimos, y el pueblo de que formamos parte; estos impulsos son formas del olvido de sí mismos y del sacrificio de los intereses egoístas, nobles y hermosos por lo tanto, pero el patriotismo mal entendido puede convertirse en una especie de ensimismamiento, de miseria egoísta y de miserable avidez, si pretendemos que nuestra patria, por ser la nuestra, valga más que las otras; si ponemos en ella las vanaglorias pueriles y lo apetitos desordenados de fama sin fundamento y de prosperidad a costa del derecho ajeno».

«Una ignorancia digna de risa cuando no de llanto,—repetía siempre,—es la que hace imaginar a muchos que la panacea que estos pueblos necesitan se compone de dos drogas: la que ellos llaman LIBERTAD DE IMPRENTA que es el desenfreno de la procacidad, y lo que llaman SUFRAGIO LIBRE, que consiste en que ellos y sus amigos manejen el país...»

Pero a qué seguir espigando en los vastos e incomensurables dominios de sus prédicas escritas o verbales. Sería no acabar, y de otra parte, éstas y otras ideas, por generalizadas hoy, suenan ya a clarines lejanos; no así en aquellos tiempos de gobiernos dictatoriales y de democrática ignorancia. Entonces las multitudes sedientas de libertad y de justicia, al oirle lo aclamaban, porque veían cristalizadas en forma autorizada y elocuente, ideas y sentimientos íntimos que nadie les había dictado, pero que sin embargo adivinaban intuitivamente como ALGO que si no existía ya en alguna parte, se debía necesariamente inventar para hacer más digna y llevadera la existencia trashumante de los hombres y los pueblos.

¡Ah, la obra de Zambrana en Costa Rica no cabe en los broqueles de un artículo sintético festinado, ni es para ser escrita por una inteligencia oscura como la mía, ella necesita un marco de oro esculpido por un artista genial, con las perlas preciosas que él dejó regadas en el propio campo que fué testigo de los más fecundos momentos de su vida!

Pero no fué solo en Costa Rica adonde el maestro triunfó. En Chile, la nación pujante del sur, que es el centinela meridional de nuestra raza, los intelectuales lo incorporaron a su ATENEO y en México se le dió la Presidencia del LICEO HIDALGO, que era el primer centro cultural del país. En los Estados Unidos estudio el rodaje práctico de la primera democracia del mundo, y en las Cortes Monárquicas de España fué el abanderado de las aspiraciones libertarias de su Isla querida, que lo honró en esa elocuente forma, brindándole deliberadamente, ocasión singular para cultivar su espíritu en el trato con los más claros talentos de su época en España y Francia: tales HUGO y CASTELAR.

Periodista, orador insigne, catedrático, magistrado, diplomático, legislador y político, Zambrana llena un período entero de nuestra historia: es una cátedra ambulante que con su poderosa imaginación todo lo abarca, pero los dos cultos de su espíritu han sido la DEMOCRACIA y LA LIBERTAD, digo mal, porque tuvo otro, el culto a COSTA RICA.

Quién como él para exaltar poéticamente nuestro pasado pastoril, que después echó de menos, adonde la vida como en una nueva ARCADIA «no conoce otro lenguaje que el de la sinceridad, ni otro documento que el de la palabra dada». Quién como él para vincular el ciudadano presente a su propio pasado, para despertar en él un estado orgulloso de conciencia cívica, para exaltar el culto a nuestros propios héroes, «cuyos hechos, por su carácter, por la causa de la pugna, por las virtudes de los que combatieron y por el resultado que pendía de la victoria, nada tienen que envidiar a las anécdotas legendarias de un Guillermo Tell que ha dado tema a los poetas más nobles del mundo...»

Tengo placer en declarar—dijo en una ocasión memorable—como hombre que no ha adulado una sola vez en su vida a un hombre ni a un pueblo; «que fué singularmente bello vuestro papel en la campaña del 56; que disteis las victorias más cumplidas y los héroes más altos al común esfuerzo; que vuestro Cañas es una figura seductora que recuerda al Hoche de los franceses y Sucre de los sud-americanos; que

---

POEMAS DEL MAR

Del libro «La Fiesta del Mundo», próximo a aparecer.

CANCIÓN DE LOS DONES DEL MAR

—Tomad, tomad, hombres!... Tomad terciopelos
de marinas aguas... Seda de ola impura...
Y granos de arena, de innúmera arena...
Y encajes de espuma...

Todo esto le daban las olas al Hombre,
allá en los comienzos del Cosmos. Y rudas,
allá en los comienzos del Cosmos, las olas
rompían enormes y obscuras.

—Tomad, tomad, hombres...! Con estas arenas
haceos las casas, los templos, las tumbas...
Tomad, tomad, hombres!... Haceos los sueños,
los sueños más grandes con estas espumas...

¡Ah, pobres los hombres! Espumas y arenas
sus caudales fueron. ¡Qué dote la suya!...
Sigamos, sigamos, compañera mía...
Las casas, de arena... Los sueños, de espuma...

PLAYA

¡Ay! el que más se precia de conocer, ensaya.
¿Qué velas son aquellas que vienen y que van?...
Apenas conocemos un palmo de la playa...
Y hubo quien dijo: ¡Hay naves que nunca volverán!

Un caracol apenas soy junto al mar profundo;
que mar profundo—cierto—la muerte inmensa es.
En mi humildad recojo la música del mundo...
Una ola al mar inmenso me llevará después.

ARTURO CAPDEVILA [1]

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

[1] ARTURO CAPDEVILA, ya lo he dicho en varias oportunidades, es en mi concepto, el más elevado exponente de la nueva poesía argentina. R. MARTÍNEZ SOLIMAN, que nos envía este recorte.

vuestro José Joaquín Mora, sino famoso por grandes talentos militares, que no había tenido oportunidad de cultivar, lució condiciones distinguidísimas de inteligencia y de carácter, capaces de llevarlo con prestigio y conservarlo desde su nombramiento hasta los últimos días de la guerra, al frente de todo el ejército centroamericano; que vuestro Presidente de entonces, el ínclito don Juan Rafael Mora, se destaca en medio de la crisis como símbolo perfecto de aquella democracia purísima, como centinela desvelado de la Patria, como guardador integérrimo de la confianza en él por vuestro pueblo depositada; que fué símbolo cabal de aquella Costa Rica sufrida, resuelta, heroica, generosa, que si ni en aquella época ni ahora gusta de arrebatos líricos para expresar la fraternidad centroamericana, dió en aquel momento extraordinario, testimonios bien elocuentes de sentirla...»

En 1911, hace de esto ya diez años, una sentencia del Tribunal de Casación, del cual el Maestro era parte, acarreó a aquellos honorables jueces una acusación ante el Congreso, a la cual éste le negó el pase, no sin que en las discusiones previas alguien calificara el fallo de ilegal. El Maestro, después de defenderse con altivez, presentó la renuncia de su cargo que el Congreso no aceptó, elevando entonces también la de sus cátedras en la Escuela de Derecho y anunciando a sus amigos la resolución de abandonar el país. Fueron vanas todas las argumentaciones y ruegos que se le hicieron en contrario. La misma Cámara votó un decreto reconociendo «sus valiosos servicios prestados al país» y asignándole al propio tiempo la suma de cuatrocientos colones mensuales mientras residiera en Costa Rica, pero él quería irse y a pesar de todo se iría.

La despedida que la capital, porque fué la capital, le hizo, resultó verdaderamente imponente, y el Maestro se fué, acaso para siempre...

Ya para concluir, deseo hacer presente que el brioso revolucionario, que tiene puesto de honor entre los patricios de la nacionalidad cubana, cultivó despues de la pelea los más nobles sentimientos de amor a nuestra común madre España, a quien mucho antes de la fecha memorable a la cual se retrotrae este homenaje, que todos celebramos con regocijo, que no entraña odio a ella, volvimos los ojos cariñosos para recordar, que es España una prolongación de nuestra América y algo en consecuencia que forma parte de nuestra propia historia.

Zambrana lo dijo con su proverbial elocuencia cuando en ocasión del centenario del Quijote, se reconcentró por un instante para dirigirle aquella memorable oración: «Oh España, nación de héroes, nación de mártires, nación de paladines, nación de idealismos sacros: nación tanto de soldados como de poetas invencibles; en este rincón humilde del mundo que tu audacia sacó de las tinieblas estos tus hijos respetuosos al recordar el nombre que basta para hacerle igual a las más altas de las naciones cultas, como los nombres de Lepanto y Zaragoza bastan para hacerle igual a las más bravas, se inclinan ante tu nombre, besan con el pensamiento tu bandera y la tremolan enorgullecidos, sin abandonar la suya, como símbolo de honor limpio, de gallardía de empeño y como cubierta y envoltura del libro imperecedero en que si el ingenioso hidalgo en algún modo te simboliza es porque recuerda la fe y el brío con que has pugnado, estando en ocasiones memorables dispuesta a abrirte las venas por lo que nace hermoso, lo mismo la vida que la muerte, la devoción a lo ideal, ya hagan retroceder tus hijos al Africa que se venía sobre Europa, ya sujeten con clavos de oro tus oradores y tus poetas la atención y el respeto de la Historia, ya domen tus navegantes y tus soldados la rebelde espada del Atlántico para colocar sobre la cumbre de los Andes la Cruz del Nazareno».

SEÑORES: Honrar la memoria del doctor Zambrana, como lo hacemos ahora, es enaltecer a la República, es pagar una deuda de gratitud y de amor que Costa Rica tiene contraída con él, es llevar a su cabeza cubierta con las nieves de las altas cimas un poco de calor, y a su corazón razonablemente dolorido el rocío de una alborada que deje caer sobre él las flores policromas y olorosas de los jardines prodigiosos de nuestra fecunda tierra tropical, que él se empeñó en hacer suya, pues harto sabía que era generosa el alma de sus hijos y siempre tendrían una arpa eólica para entonar un himno al viejo cóndor que en su vuelo luminoso a través de los Andes, fué heraldo de progreso, lucha y libertad.

He dicho.

(Envío del Autor).

AL ENTREGAR EL RETRATO DEL DR. ZAMBRANA A LA ESCUELA DE DERECHO

POR ROMULO TOVAR

Los que fueron discípulos del doctor Zambrana quieren que su retrato figure al lado de los de don Salvador Jiménez, don José María Castro y don Mauro Fernández, todos ellos servidores leales y buenos de esta Facultad.

El Dr. Zambrana fué aquí un maestro. De cuantos oficios ejerció en la vida, éste puso una aureola de nobleza sobre su nombre. Yo no sé si él se enorgullecía de ello. Creo que sí, porque de todo lo excelente con que adornó su vida, él siempre tuvo soberano orgullo de hombre. En sus días afortunados había alcanzado grandes triunfos: recordaba con vanidad infantil las muchedumbres que escucharon su palabra y de seguro que sentía íntima complacencia en haber escrito su Mentira Griega o su capítulo sobre San Francisco de Asís. Pero no pudo cumplir de una manera más ejemplar sus destinos que haciendo el hermoso oficio de enseñar.

El maestro sigue siendo el símbolo consolador de la sociedad humana. Aquí o donde quiera que esté, por humilde que sea su posición, es el que forma la levadura del espíritu de justicia con que ha de sustentarse el corazón del hombre. Donde todo se amarga, él se constituye en guardián de una esperanza en que algo mejor ha de venir; donde todo se debilita, él es el fuerte. Como el barco árabe, es el que anuncia la aurora a quienes van perdidos en las tinieblas de sus destinos.

Zambrana hizo esto conforme a su propia virtud, tanto en la sobriedad de sus lecciones, como en su culto por la belleza, como en su fe en la república. Y a ello unió la ventaja de ser un hombre de la libertad. Creía en el progreso de la vida y en que la sociedad por impulso íntimo tiende a su perfeccionamiento, cualquiera que sean sus caídas en el tiempo, sus desfallecimientos o sus dudas.

Tal vez podría decirse que no se ve bien lo que enseñó; pero es necesario concederle que fué maestro en hacerse sentir y que por ello penetró más profundamente en la conciencia plástica de sus discípulos. Serán fieles a su obra aquellos que crean que la humanidad es la materia del progreso, que la conciencia del hombre es un reflejo de la conciencia universal y que el Bien—que resume toda la virtud de la vida, es una condición natural del universo.

Además poseyó heroicamente una virtud varonil y fué la de la integridad del espíritu. No se orientó mal en su existencia, porque creyó siempre en muchas cosas que pasan por ser entre los hombres de un interés superior y lo hizo con fe iluminada y combativa: en la piedad y en la justicia, en la razón y en la poesía y en las secretas fuerzas

que constituyen la suprema razón de este mundo. Pero era adverso a todo prejuicio y superstición y a toda duda o fe irreflexiva que enferma de servilismo a las sociedades. Nada conmovió este modo de pensar suyo, ni su temperamento fuerte se rindió alguna vez a los vendabales del siglo. Era de esos hombres a quienes la sabiduría pone un sello de dignidad en su conciencia. No hablemos de la caída de los otros, pero indudablemente es merecedor de elogio este gesto del hombre, que una vez puesto al servicio de la verdad sólo una cosa le pide a Dios y es que en los desfallecimientos propios de la vejez o del dolor, no se le haga abjurar de su fe antigua ni dar el triste espectáculo de cobardía moral.

El sentimiento de que esto es cierto y la convicción de que fué fiel a los principios de su entendimiento, justifica que sus discípulos quieran poner su nombre entre los de la estirpe de quienes han iluminado y fortalecido el espíritu de esta nación.

(*Envío del autor*).

Honradez y natación

Por JULIO CAMBA

La prohibición del «maillot», decretada en San Sebastián y Barcelona, me retrotrae a la infancia. Yo soy de un puerto de mar donde, por el verano, las mujeres se enfundaban unos trajes de tela durísima y al parecer impermeable, y avanzaban hacia la orilla. ¿Para qué tantas precauciones, si no iban a meterse en el agua? Ya en la orilla, esperaban a que la ola humedeciera el dedo gordo del pie derecho—avanzar con el pie izquierdo en parajes tan peligrosos hubiera sido temerario—, y entonces, iniciaban un retroceso elástico exhalando, al mismo tiempo, ayes lastimeros. Algunas, las que poseían un espíritu más esforzado, llegaban hasta sentarse por un instante sobre alguna roca, con el agua hasta la mitad de la pantorrilla, y el Atlántico soberano, que desde allí se extendía hasta la remota América, quedaba así reducido a una especie de baño de asiento para uso de señoras timoratas. ¡Tanta verdad encierra el viejo dicho de que nosotros somos la medida de todas las cosas!... Un día cayó por la playa una inglesa con el cuerpo ceñido en un «maillot», y esto produjo gran escándalo.

—Pero, ¿cómo quieren ustedes que yo nade con trajes como esos? - dijo la inglesa—. Voy a ir hasta la isla y necesito mi libertad de movimientos.

El pasmo fué terrible.

—¡Ah! Pero ¿usted nada?—exclamó medio pueblo a coro.

Y cuando se vió que, efectivamente, la inglesa nadaba mejor que todos los golfos de la playa, el escándalo adquirió proporciones fabulosas. Parecía inmoral el que una señora se vistiese un «maillot»; parecía más inmoral aun el que, en semejante indumentaria, ofreciera a la vista un espectáculo agradable; pero, lo peor de todo, era que supiera nadar. Eso no podía tolerársele ni siquiera a una extranjera.

—¿Qué falta le hace a una mujer saber nadar para vivir honradamente? —decía una señora.

Y, en efecto, para vivir honradamente no hace falta saber nadar, ni ponerse un «maillot», ni tener un cuerpo bonito. Quizás, por el contrario, sea más fácil la práctica de la virtud cuando se tiene un cuerpo feo cubierto por un traje horrible...

Seguramente, este último pensamiento es el que ha decidido a las autoridades barcelonesas y donostiarras a decretar que, para meterse en el agua, tengan previamente los bañistas que vestirse de gran uniforme. Pero, ¿y la higiene? ¿Y el porvenir de la raza? Con este criterio de no ver en cada «sport» más que el traje con que se practica, nuestras autoridades acabarán por suprimir todo ejercicio al aire libre. Prohibirán el «foot-ball» por inmoral y el boxeo por la misma razón, y nuestro pueblo no contará para su desarrollo físico con más recurso que el de la ruleta, el treinta y cuarenta y el bacará.

Porque es indudable que, si la moral consiste en ir muy vestidos, todos estos deportes son de una perfecta inocencia.

(*El Sol*. Madrid).

San Francisco de Asís

Al luminoso, al ferviente espíritu
de Ricardo Arenales.

San Francisco de Asís, el divino
San Francisco de Asís, su camino
caminaba con paso seguro.

San Francisco sentía que el muro
también tiene un espíritu obscuro.

Y al pasar por la calle vacía
de los pobres hermanos menores,
se apretaba a la piedra sombría
y cantaba su canto de amores.

Y adelante y al lado y en pos
distendía su espíritu Dios.

*

Y pisaba a su madre la tierra
y pedía perdones al cielo,
cuando vió algo sagrado: una perra
que lamía a un gentil pequeñuelo.
Y sintió los extraños temblores
que solía sentir, interiores.
¡Oh divinos hermanos menores!

Y cantó su canción, y es un credo
que ahora enseño a los hombres que puedo.

—He pisado a mi madre la tierra
con amor, ¡maternal vientre pardo!,
y he sentido que aquello que encierra
es mi hermano. Y la ortiga y el cardo
y el espíritu cruel del leopardo.

que empurpura de sangre su túnica
y aquella alma que anima las breñas
son pedazos no más de un alma única
que está toda en las cosas pequeñas.

Y cuán cerca de Dios que me siento
si estoy cerca de algún nacimiento.

*

Cómo brillan, al ver florecidas
a las plantas, los claros luceros;
y al mirar a las perras paridas;
y al oir un balar de corderos;
y al sentir que a los tibios armiños
de las tetas se pegan los niños.

¡Oh los seres pequeños, venidos
hoy al bien de la luz! Sacerdotes
que oficiáis en las verdes llanadas:
¿qué hay más santo a la luz que los nidos,
los cachorros, los niños, los brotes:
planta y hembra y mujer fecundadas?

¡Santidad de una vaca! Ninguna
más candeal de las cosas sagradas.
Al sonar de los coros de toros
en las noches bañadas de luna
cuál responden las grandes vacadas
¡y qué coros aquellos, qué coros!

Va subiendo el compás. Prisioneros,
piden madres los pardos terneros
al sonar las esquilas de bronces,
y responde un temblor de luceros
que a los hombres no entienden entonces.

En la paz de las noches tranquilas,
sin dolor, cuál corréis, maternales,
al oir un sonido de esquilas,
claras leches de los vegetales.
Y os brindáis a los pardos terneros
mientras abren sus claras pupilas
en la sombra los claros luceros.

*

Y el buen santo que hincó las rodillas,
santidad de las cosas sencillas—
fué a besar en la boca a la perra
y en el lomo besó al cachorruelo.
Y al besar sucedió que la tierra
se sentía muy cerca del cielo.

Y a su lado y en frente y en pos
distendía su espíritu Dios.

Y el buen santo escuchaba aquel canto
de su amor a las cosas. Ejemplo
de que el hombre que es bueno es un templo,
el más alto, ¡oh Espíritu Santo!

Y ante él, que de Dios semejanza
unas voces oía, interiores,
en los ojos brilló la esperanza
de los pobres hermanos menores.

Y adelante y al lado y en pos
distendía su espíritu Dios.

Rafael Arévalo Martínez.

(*Poesías Escogidas*, Guatemala, 1921).

Una carta inédita de Hostos

[Al remitirnos esta linda carta de Hostos, nos dice nuestro colaborador don Félix C. Lizaso: «Mi amigo el Dr. José Antonio Fernández de Castro ha preparado —y tiene lista para publicar—una edición de «Cartas a Saco», reuniendo gran número de ellas, algunas de corresponsales tan notables como el propio Hostos y nuestro elegante y erudito don Domingo del Monte. Este libro, que llevará prólogo de Varona, será (sin que ese sea su propósito directo) complemento a otro, ya publicado por el señor Figarola-Caneda, que contiene la correspondencia de Saco. Ha hecho mi amigo excelente distribución, y oportunas notas, en que se estudia a cada uno de los corresponsales, el momento histórico en que las cartas se escribieron, y otros particulares que hacen comprensible para todos las relaciones del corresponsal con Saco y los acontecimientos que se cernían sobre el país en cada momento. Muchas de esas cartas, por sus informes, sirvieron a Saco para redactar sus escritos»].

Madrid, agosto 12 de 1865.

SEÑOR DON J. ANTONIO SACO

París.

Muy Sr. mío digno de toda mi consideración: La justa opinión que tengo de sus escritos; la alta estima que hago de sus obras; el deseo que hace tiempo tengo de ponerme en relaciones con Ud. y la necesidad en que estoy de sus consejos y de sus luces, inspiran esta carta.

¿Conseguirá hacerle disimulable su objeto capital?

Ama Ud. demasiado a nuestras Islas para no seguir el movimiento de la opinión aquí respecto de ellas, y para no saber que hoy, bien o mal, por acaso o por necesidad sentida, se ocupa la prensa cortesana de la abolición de la esclavitud. Lo que de ello se ha dicho no me satisface y creo deber mío decir más. Oriundo de Puerto Rico, conozco suficientemente su estado social para ocuparme de él; pero no quiero hacerlo sin hablar largamente de Cuba, y no bastándome los libros, los datos, las opiniones personales recogidas, acudo por Ud. para rogarle me ilustre y me aconseje.

Si el tiempo no exigiera mi presencia en otra parte, hablaría a Ud. de mi proyecto, del plan de mi trabajo y del fin que me propongo; pero me falta el tiempo y confío tanto en su perspicacia y su pericia que creo bastante la sola mención del proyectado trabajo para que Ud. me remita los datos más preciosos y me dé los consejos más oportunos.

A pesar del tiempo, no quiero terminar ésta sin dirigirle una pregunta: Si, como lo creo probable, logramos otro amigo y yo fundar una revista verdaderamente inspirada en el amor de nuestras Islas, ¿podremos contar con su colaboración constante? Es nuestro más vivo deseo, y desde que abrigamos esta idea contamos mentalmente con Ud.

He terminado... No; mis propios deseos y los de multitud de paisanos nuestros quedan sin satisfacción: deseamos que escriba Ud. sobre la abolición de la esclavitud.

Teniendo estos deseos, no se comprende mi temeraria resolución de escribir sobre el mismo punto. Es que todas las pasiones ciegan; y a mí me ciega el amor de mi país.

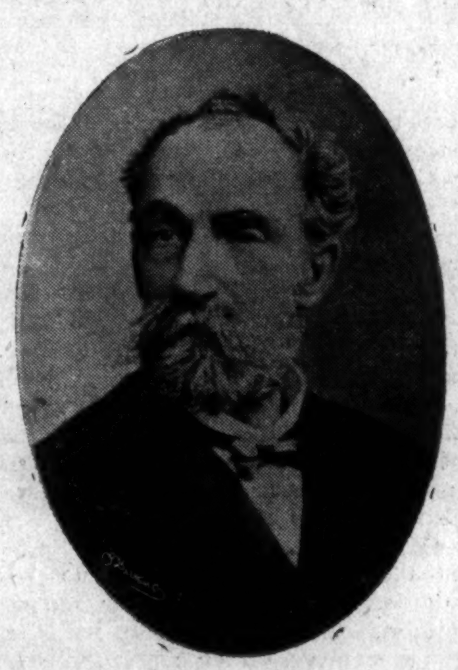
Veámoslo libre y feliz.

Ahora, empiece Ud. a contar con un amigo.

Lo respeto: soy suyo,

EUGENIO Mª HOSTOS

S/c Veneras 6.



EUGENIO Mª DE HOSTOS
Ilustre pensador antillano

Las señales de los tiempos nuevos

Por JOAQUIN RAMIREZ CABAÑAS
(JOSÉ SILVANO)

POCAS semanas antes del Centenario de la consumación de Independencia mexicana, la República del Perú ha estado celebrando la iniciación de su guerra de Independecia. También al Perú han enviado delegaciones extraordinarias las demás Repúblicas ibéricas, y, como el Perú tomó alguna parte activa, por lo menos en términos diplomáticos, al lado de los Aliados durante la Guerra Europea, a su Centenario ha venido una delegación francesa, presidida por el General Mangin, a bordo de una gran nave de la república latina.

Todo ha sido admirable. Sin embargo, en la fiesta de la Independencia peruana ha quedado un puesto vacío, o mejor dicho, no se ha preparado un puesto, el más significativo, si debiésemos esperar algo de la lógica histórica, dado que la historia procediera lógicamente.

Porque es el caso que el Perú celebra la declaración de su Indpendencia, hecha en Lima por el General argentino San Martín, quien invadió al Perú con un ejército formado en las provincias chilenas que acababa de libertar y de las cuales había formado la nación araucana. De consiguiente, Argentina y Chile deberían ser los huéspedes de honor en el centenario peruano.

Mas ninguno ignora lo de la guerra del Pacífico, lo de Tacna y Arica, y las subsiguientes rencillas que han mantenido separados a estos dos países, para tristeza de toda la América, Chile se apoderó de las provincias peruanas como resultado de la guerra; las ha chilenizado, ha explotado sus grandes recursos, y se siente completamente desinclinado (como dicen los anglicistas) a devolverlas. En cambio, el Perú siente crecer cada día el amor por las provincias perdidas, y se ha visto que no perdona medios ni combinaciones para rescatarlas.

Entre estos dos irreconciliables hermanos, está la tragedia representada por la República de Bolivia: la nación fundada por el gran Libertador se ha quedado sin salida al mar; es la que ha perdido más, en el pleito de sus poderosos vecinos; la guerra del Pacífico amputó al Perú de una partícula de sus extremidades; en cambio Bolivia perdió en ella sus órganos respiratorios.

El asunto ha sido llevado y traído ante la Casa Blanca, ante todas las Cancillerías posibles; y por último, ha caído en el pozo ciego de la Liga de Naciones. Los políticos peruanos, chilenos y bolivianos discurren, conferencian secretamente, y mantienen encendido el chispazo de la inquietud en el continente. Pudiera creerse que el asunto no tiene otra solución sino otra matanza de sudamericanos, y otra injusticia subsiguiente.

Sin embargo, no es así. Con motivo del Centenario del Perú la Federación de Estudiantes de Chile ha enviado al

pueblo del Perú un manifiesto que es, sin disputa, la página más bella en el libro de la fraternidad hispano-americana[1]. Los estudiantes chilenos rechazan la política de hostilidad de su gobierno, y declaran que por su parte están dispuestos a ejercer toda su influencia para restablecer la amistad de las dos naciones sobre bases, no sólo de justicia, sino de afecto y abnegación.

Este manifiesto de los estudiantes chilenos, si es correspondido, como no podrá menos de serlo, en igual forma, por los peruanos, forma un cimento sólido para levantar la futura armonía continental. Esas dos grandes fuerzas vivas, ardientes y generosas, de ambos pueblos, podrán fundirse no muy tarde en una sola antorcha de esperanza y amor, y alumbrar los horizontes de la América nuestra con albores espléndidos de justicia.

Estas son las señales de los nuevos tiempos. Este es el fruto de las doctrinas de paz y respeto a la humanidad que están haciendo triunfar en el mundo los apóstoles de la nueva Era.

(*Excelsior*. México, D. F.)

La política del Presidente Wilson con el tirano Huerta

Por JOSEPH TUMULTY

NUEVA YORK, noviembre 7.— Cuando la nueva Administración democrática se hizo cargo de la cosa pública, heredó del régimen que presidía Mr. William Howard Taft, muchos graves problemas que ameritaban una inmediata solución. Uno de los más serios era la situación provocada por el movimiento revolucionario que estalló contra el Gobierno de Madero en la ciudad de México, el 9 de febrero de 1913.

El asesinato del Presidente Francisco I. Madero y del Vicepresidente José María Pino Suárez, así como la usurpación de la autoridad presidencial por el general Victoriano Huerta y el caos general e industrial a que estos sucesos dieron margen en México, hizo necesario que la nueva Administración en Washington, que apenas llevaba un mes en el Gobierno, se apresurara a obrar declarando su política con respecto a la cuestión que se hallaba pendiente en aquel entonces relativa al reconocimiento del Gobierno Provisional a cuya cabeza aparecía Huerta.

Después de su advenimiento, como «Presidente de México», el usurpador había dirigido sin rodeos el siguiente mensaje al Presidente Taft:

«Yo he derribado al Gobierno y en en consecuencia reinará la paz y el orden».

Huerta agregaba deliberadamente que esperaba ser reconocido por el Gobierno de los Estados Unidos.

Este era el estado de los asuntos en México, cuando el Presidente Wilson tomó posesión de su alto puesto. El Presidente de México, legalmente electo, Francisco I. Madero, había sido derrocado por una banda de conspiradores encabezada por Huerta. ¿Iba a permitirse que los frutos obtenidos tras larga lucha entablada por las masas mexicanas contra un gobierno arbitrario de un grupo de favoritos, quedaran nulificados?

El Presidente Wilson contestó a esto con su declaración de fecha 12 de marzo de 1913, cuando dijo textualmente:

«Solamente es posible la cooperación cuando se apoye a cada paso en los métodos ordenados de un Gobierno justo basado en la ley y no en la fuerza arbitraria o irregular.

»Yo sostengo y estoy seguro que todos los líderes de los gobiernos republicanos participarán de la misma opinión, que un Gobierno justo se apoya siempre en el consentimiento de los gobernados, y que no puede haber libertad sin el orden basado en la ley y en la aprobación de la conciencia pública.

»Nosotros no podemos abrigar simpatías por aquellos que tratan de apoderarse de las riendas del Gobierno para satisfacer sus propios intereses y ambiciones».

Dos consideraciones fueron las que impulsaron al Presidente al formular su política mexicana, viéndose obligado a sostener esa política durante toda su administración y esas consideraciones fueron las siguientes:

Primera, la firme convicción de que todas las naciones, lo mismo las débiles que las poderosas, tienen el inviolable derecho de controlar sus asuntos interiores.

Segunda, la creencia establecida por la historia del mundo, de que México nunca llegará a ser un vecino pacífico de los Estados Unidos, hasta que se le permita conquistar una base permanente para arreglar sus propias dificultades sin la intervención extranjera.

Mr. Wilson se negó terminantemente a reconocer a Victoriano Huerta como Presidente Provisional de México y en cierta ocasión, al tratarse este asunto, me dijo textualmente:

«Huerta es un rencoroso e implacable enemigo, implacable de todo lo que pueda significar algún progreso humano en México y defendiendo abiertamente los privilegios del grupo científico, ha desafiado la autoridad de los Estados Unidos, se ha burlado, procurando poner en el mayor ridículo la política de vigilante espera adoptada por la nueva Administración y se ha reído hasta el escarnio del alto idealismo que esa política representa».

Para Huerta, la declaración hecha por el Ejecutivo norteamericano de que no podríamos abrigar simpatías hacia aquellos que se apoderaran de las riendas del Gobierno para satisfacer sus propios intereses y ambiciones, sólo era un mero gesto, demasiado pueril para que se le tomara en consideración.

Mientras tanto Huerta se dedicaba en México a burlarse de esta política benévola de cooperación, y se prestaba ayuda al usurpador por medio de las críticas jingoístas de los enemigos que Mr. Wilson tenía en el Congreso de los Estados Unidos y en todo el país, muchos de los cuales, instigados por los intereses petroleros, clamaban, en su loco delirio, por la adopción de una política de hierro y sangre hacia México.

Oponerse a las maniobras de los intereses norteamericanos en México, fué una parte de la labor realizada por Mr. Wilson. Todos aquellos elementos que a grito abierto pedían la intervención, tenían tierras y minerales así como fuertes inversiones en las industrias de México. La vigorosa política norteamericana que se sugería, estaba destinada a enriquecerlos personalmente. Fué esta fase del problema a que obligó al Presidente Wilson a expresar aquellas memorables palabras:

«Tengo que detenerme y recordarme a mí mismo que soy Presidente de los Estados Unidos y no de un pequeño grupo de americanos que tienen intereses creados en México».

Pero el nuevo Presidente se había trazado ya la línea de conducta que se proponía seguir, línea llena de

(1) Véase tal manifestación en el Nº 5 del año III del *Repertorio Americano*.

grandes peligros para su Administración, esforzándose siempre por provocar el aislamiento moral de Huerta, obrando con calma sin dar importancia, al parecer, a las burlas y a los ataques que le dirigían sus críticos en los Estados Unidos y en otras partes.

Qué cosa tan torpe, decían sus críticos, el tratar, en esta época, de arrojar del poder a un dictador mexicano por medio de retórica y de palabras rimbombantes!

Cuando Mr. Wilson dijo: «nosotros debemos mantener la ecuanimidad de una gran nación que se dé cuenta de su propio poderío y desecha la idea de emplearlo», sus enemigos se encogieron de hombros y preguntaron con disgusto:

¿De qué sirve? ¿Qué puede esperarse de un soñador, de los sueños de un mero doctrinario? ¿Acaso Wilson, el historiador, no sabe que la fuerza, sólo la fuerza puede hacer comprender a ese viejo luchador Huerta, nuestro poderío?

¿Qué era lo que el Presidente buscaba al proclamar su política de Watchful Waiting? (vigilante espera). Simplemente, establecer en las cuestiones pan-americanas el principio de que ningún Presidente de alguna República hispano-americana que hubiera conquistado el poder por medio de la usurpación y el asesinato, podría recibir, al menos, mientras él estuviera en la Primera Magistratura, el reconocimiento de los Estados Unidos. Esta doctrina no era sólo un buen deber de estadista, sino que era igualmente profunda y firme como principio moral.

Sin embargo, fué desalentador encontrar una encarnizada crítica a esta política en el exterior y triste el que también tuviera enemigos entre los propios miembros del Gabinete .Lindley Garrison, su propio Secretario de Guerra, no abrigaba simpatía alguna por aquella política idealista. El único remedio que proponía para lo que ocurría en México, era el empleo de la fuerza y de la intervención, habiendo llegado a exponer este punto al Presidente, pero sin ver realizada su idea.

El Presidente Wilson se mantuvo firme en su determinación de que el pueblo mexicano no debería ser castigado por los malos actos de un Presidente usurpador, y no atendió a las críticas de sus enemigos. Esta política la expresó elocuentemente Mr. Wilson, cuando dijo:

»Estoy más interesado en el destino de los hombres oprimidos, de los pobres y de las mujeres y los niños, que en ningunos derechos de propiedad.

»El pueblo mexicano está luchando por asegurar los derechos fundamentales a la vida y a la felicidad de quince millones de hombres oprimidos, de mujeres agobiadas y de niños que ofrecen un cuadro doloroso, todos los cuales viven en la esclavitud, en su propio suelo que encierra tan inagotables riquezas.

»Algunos líderes de la revolución podrán haber estado equivocados, en más de una ocasión podrán haber procedido con violencia y con egoísmo, pero la revolución era inevitable, ya que Huerta había traicionado a sus propios camaradas a quienes servía, había derrocado traidoramente al Gobierno de que formaba parte. Sus manejos habían provocado la rebelión del pueblo.

»Los hombres que le arrojaron del poder representan al menos el deseo violento de una reconstrucción que se asienta en el verdadero corazón de la libertad y mientras ellos representen, aunque sea de una manera imperfecta, esa lucha libertaria, yo estaré dispuesto a servirlos y ayudarlos en sus propósitos en toda la medida de mis fuerzas.

»Mientras la cuestión de reconocimiento dependa de mi Gobierno, los Estados Unidos se negarán a tender su mano a todos aquellos que se hagan del poder en una República hermana, valiéndose de la traición y la violencia».

Pero la política del Presidente Wilson, de mantenerse en unavigilante espera se vió al fin coronada por el éxito. Huerta hizo a un lado la Constitución y después de encarcelar a la mitad de los miembros de la Cámara de Diputados, procedió a administrar el Gobierno de una manera arbitraria. Poco a poco, de una manera irremediable, empezó a sentir la poderosa presión de la hostilidad del Gobierno de los Estados Unidos; todavía en actitud provocadora, trato de unir al pueblo mexicano esperando provocar una acción militar contra los Estados Unidos. Para mantenerse en el poder estaba dispuesto a arrostrar el peligro de reducir a su propio país a una masa sangrienta.

Mr. Wilson había medido ya la capacidad del tirano Huerta desde un principio, y muy pronto las gestiones que realizara para aislarlo comenzaron a surtir sus efectos. Poco a poco el usurpador iba quedando aislado, debido a la presión moral, y su poder y prestigio se iban desplomando precipitadamente. La campaña desarrollada por Mr. Wilson para eliminar a Huerta, triunfó al fin. El 15 de julio de 1914, Huerta renunció a la Presidencia, ausentándose de México.

(*Excelsior*. México. D. F).

A la niña más linda de la ciudad (1)

(La muy noble y leal ciudad de Santiago de Los Caballeros de León).

Graciosa a los ojos de todos, graciosa,
si pasa la niña recordáis a Ester,
la ciudad tenía por aquella rosa,
los cuatro evangelios del amanecer.

San Juan, San Mateo, San Lucas, San [Marcos,
al Este, al Oeste, al Norte y al Sur:
Y después de verla, fuímos unos barcos
veleros que bogan en el cielo azur.

Como la dormida luz de la mañana
es y cuando pasa recordáis a Ester,
belleza del cuerpo, belleza lejana
del alma: Dos ojos tenéis para ver.

Y al verla pensamos: ¿Y cómo sería
de bella la Madre de Nuestro Señor?
Unica, Suprema, Sin igual, María,
es la Gracia Plena, la belleza en flor.

Bella sobre todas, las niñas como ésta,
rosas milagrosas de la tierra mía,
no son para el mundo, son para la fiesta
de las verdaderas hijas de María.

La niña más linda de la ciudad canta,
como en las mañanas de Mayo el rosal,
doce años apenas, flor que se levanta
fuera de los planos oscuros del mal.

¡Doce años apenas! ¡Qué el tiempo tuviera,
con ella, la gracia de pasar sin verla,
o de eternizarse dormido, por fuera,
como en un zafiro, como en una perla!

Pero no hay peligro, crecerá la niña,
sin perder la viva luz de su candor,
y entre las mejores uvas de la viña,
será la más bella para el buen amor.

La niña no sabe, belleza escondida,
sobre las palabras de aquellos espejos,
la niña en silencio deshoja su vida
como estrella rosa, de lejos, de lejos.

La niña que sabe todo lo ha perdido,
deja de ser niña, deja de ser bella,
porque no lo sabe, su fulgor dormido,
sigue deshojando piadosa la estrella.

Niña de mi pueblo, no va por las calles,
como van aquellas otras destapadas,
digo cuando pasa: ¡Lirio de los valles
para mañanitas evangelizadas!

¡Lirio de los valles! Niña leonesa,
lo más recogido, lo más natural,
esconde sus glorias, la moda francesa
toma en sus vestidos un sabor local:

Aquella modestia de la madre mía,
aquél no sé cómo de nuestro León,
flor de Nicaragua, rara poesía,
fuera de las charlas necias de salón.

Como la dormida luz de la mañana
es y cuando pasa recordáis a Ester:
belleza del cuerpo, belleza lejana
del alma: Dos ojos tenéis para ver.

A. H. PALLAIS, Pbro.

(*Envío del autor*).

(1) La revista *Femenina Ilustrada* no quiso publicar este poema. (N. del A.)

El Wilsonismo sin Wilson

Por CORPUS BARGA

¿Qué efecto ha producido en París la convocatoria del presidente Harding? El presidente de los Estados Unidos ha convocado, no se sabe hasta ahora a cuántas potencias, desde luego a las victoriosas de la guerra europea y al Japón y a la China, para resolver, sin duda, la cuestión del Pacífico o de los armamentos navales y también la de los armamentos terrestres. El presidente Harding, con el propósito de reducir los armamentos, hace un acto de política americana. Europa complicó a todo el mundo en sus querellas, y, ahora en todas las querellas del mundo se complica a Europa; mejor dicho: Europa se complica ella misma. En la cuestión del Pacífico, Inglaterra con sus dominios está tan presente como el Japón y los Estados Unidos. Y precisamente para no poner en el Pacífico a su nación sola frente al Japón y a Inglaterra, el presidente de los Estados Unidos convoca a la China, y a Francia, y a Europa... ¿Convocará también a la República Argentina y a Sudamérica?

La República Argentina es la única potencia que en la Sociedad de Naciones ha tomado la actitud del «idealismo americano». El presidente Harding viene a demostrar con su convocatoria para el desarme que el «idealismo americano» es una realidad y no un ideal. Pero en política lo eficaz—y la moral—no está en lo que suele llamarse «ideales», en los fines, sino en los procedimientos, en los medios, en las realidades. Torturar y matar a los hombres, por un Estado, por una religión o por una revolución, podrá ser o no eficaz, según los casos, pero nunca podrá ser moral. En cambio, el intento de salvar a la industria norteamericana por medio del desarme, de una relación entre las naciones más humana, más parecida a la relación ya en vigor entre los hombres, no puede menos de ser moral, aunque la industria de los Estados Unidos no sea un fin tan noble como el del mismo Estado o el de una religión.

¿El «idealismo americano» será tan político como moral, es decir, será tan eficaz? Tiene, por lo pronto, toda la eficacia política que tengan los Estados Unidos. Fué la política que trajo a la Conferencia de la Paz al pobre Wilson. Los políticos antidiluvianos (esto es: de antes de la guerra) europeos no supieron ni por dónde se cogía la nueva arma política aportada por los americanos. La inutilizaron. Por eso la política de América se apartó de Europa y, demostrando saber muy bien que en política lo peor es el fracaso, se levantó contra Wilson. Pero cuando los americanos necesitan hacer otra vez política internacional, ¿qué arma forja el contrincante de Wilson, el presidente Harding? Forja de nuevo el «idealismo americano», o sea lo que en el momento de paz europea se llamó wilsonismo.

La convocatoria del presidente Harding es considerada en París como un wilsonismo sin Wilson. Los reaccionarios que hacen política realista con fábulas de La Fontaine (este poeta sublime, fracasado precisamente por escribir sus versos en fábulas), como desconfiaron del presidente Wilson, desconfían del presidente Harding. Los comunistas, que acaban de recibir un nuevo rapapolvo en el reciente Congreso de Moscou, tampoco pueden tomar en serio la comedia del pacifismo burgués. Entre estos dos extremos queda toda la lira de la paz, la mayoría de la opinión francesa, desde la nota a lo Voltaire hasta la nota a lo Víctor Hugo. Así, pues, el presidente Harding, por lo que hace a Francia como por lo que respecta a las demás naciones encontrará probablemente los mismos inconvenientes que el presidente Wilson.

Tiene varias ventajas: la nueva Conferencia de la Paz se reunirá en Washington, y a propósito de la cuestión del Pacífico, que es una cuestión americana; los políticos europeos están convencidos del poco alcance que han llegado a tener lar armas tradicionales de la paz y la guerra; y a la nueva Conferencia no asistirá Clemenceau, el gran caído, y Lloyd George, a lo que parece, está si «cade o non cade»...

París y julio.

FLORES DE OTOÑO

Y OTRAS POESÍAS

Tal es el título de la nueva edición, aumentada y corregida, que estamos haciendo de los versos del recordado poeta colombiano

ISAIAS GAMBOA

En cinco partes se divide la obra:

Flores de Otoño. (Diez selecciones).
El Cáuca. (Poema descriptivo).
Tres poemas. (Fantasía, Ante el mar, Primavera).
Otras poesías. (Al Río Meta, el Poema del dolor, Carta de ella, Anda, etc.)
Traducciones y paráfrasis. (Entre otras, la famosa de EL CUERVO, de Poe).

Como han sido tantas las personas que por los sentidos versos de ISAIAS nos han preguntado, y como la edición es corta, conviene que nos recuerden sus nombres los interesados, para que no parezca descuido lo que sería simplemente un olvido. Vengan nombres y direcciones, y con ellos, el valor del ejemplar: **¢ 2-00.**

Terminación de la semana científica

POR MARIANO SALAVERRIA

LA Sociedad Oceanográfica de Guipúzcoa cerró su Semana científica el domingo último. Han hablado los Sres. Royo Villanova, Cabrera, Rafael y Odón de Buen, Rocasolano y Pittaluga. Todos ellos han dado al público de San Sebastián la sensación y aun la emoción de cosas ignoradas.

El Sr. Odón de Buen ha llenado nuestro espíritu de confusiones. ¿Ha comenzado la vida en el planeta que habitamos? ¿Data este vida de sólo unos miles de años, o vive miles, centenares, muchos centenares de siglos? ¿Morirá la Tierra naturalmente, como han desaparecido otros mundos, o tendrá su fin de un modo violento?

El Sr. Odón de Buen nos habló, con toda la autoridad de su ciencia, del origen de la Tierra, de su primera constitución en astro luminoso de elevadísima temperatura, compuesto en su mayor parte por el hidrógeno. Más tarde, este astro, que brillaría con luz rutilante a la vista de otros mundos, se tornó en luz amarilla, para cambiar después en luz roja, hasta llegar a su total enfriamiento. En este estado, un tiempo antes, un tiempo después, se produjeron los altos y bajos de la tierra, los mares, las montañas, los valles y los ríos.

Pero para llegar a ser astro hubo necesidad de que fuera antes nebulosa, y como la nebulosa puede condensarse, y al condensarse desprende anillos, que pueden constituir los planetas, la materia que así se traslada y recorre el espacio sideral es presumible pueda llevar consigo vida orgánica, ya que se ha probado que un germen en ciertas condiciones es capaz de soportar las temperaturas más bajas de los espacios interplanetarios.

¿No despierta ésta conclusión ideas que teníamos por verdaderas locuras? Ya no es sólo la materia la que viene de otros mundos, sino que la vida se nos presenta con igual origen. Y si ello, es así, ¿qué relación tiene nuestro planeta con otros planetas, nosotros con los seres que viven en esos mundos?

De ahí, de estas y otras deduciones de la conferencia del señor De Buen, que alguna persona, indiscutiblemete culta, se haya encontrado ahora verdaderamente intrigadamente tratando de compaginar lo que en esa Semana científica ha oído con lo que en sus libros y en el desempeño de su carrera ha conocido. Esta persona—¡cuántas más!—nos decía todavía ayer que, a ratos, cuando el sueño se retrasa, en momentos de insomnio, estas cuestiones del origen de la vida preocupan el ánimo y se pregunta uno si será verdad cuanto hasta ahora le han enseñado, ya que otros hombres, reconocidos por todos como eminencias de la ciencia, vienen con teorías, muchas comprobadas, ya prácticas, que constituyen una revolución en el humano saber.

La vida, su disposición y desarrollo, no puede ser igual a lo que era antes, a poco que cambien los tiempos. Andamos los hombres con los ojos pegados a la tierra, buscándonos y despedazándonos en cruentas luchas, cuando la verdadera vida, la que salva el espíritu y lo llena de tranquilidad y satisfacción, hemos de buscarla a través de los espacios interplanetarios. En ese caminar por los dominios celestes encontraría el hombre la explicación de sus errores, y viéndose muy pequeño en relación con la inmensidad de otros mundos, pero grande en relación con el mundo que habita, muchas de las pasiones y miserias del común vivir tendría por pequeñas y despreciables.

Todo cambia; todas las teorías y doctrinas que ayer teníamas por verdades inconcusas, hoy vemos que son pura ficción de la mente humana. Hay otros mundos, otros seres, puesto que pueden vivir y trasladarse de unos a otros puntos del Universo en medio de temperaturas muy extremas. La misma relatividad, al presentarnos distinta la disposición y movimiento de los astros y decirnos que la luz no avanza rectilíneamente, sino que lo hace en curva, y que el propio espacio adopta igual forma, nos ratifica y confirma en esa creencia. Va la ciencia, por medio de esos hombres laboriosos, ahuyentando las sombras que los siglos fueron arrojando sobre el espíritu humano.

Por esto la utilidad de estas enseñanzas. Como decía el doctor Cabrera, existe mucho prejuicio, mucho sedimento, que es necesario destruir para que las nuevas teorías encuentren fácil arraigo.

Nosotros quisiéramos que esa labor se hiciera en parte aquí. Nos ha sabido a poco esta Semana científica, y es de esperar que en el año próximo se repita y amplíe. Hombres no han de faltar, como se dijo en la sesión de clausura, ni elementos, toda vez que la Sociedad Oceanográfica de Guipúzcoa siente todos los entusiasmos de una fe inquebrantable en el éxito de sus fines.

(*El Sol*, Madrid).

Einstein en película

POR ALVAREZ DEL VAYO

CADA día se da un nuevo paso en Alemania en el camino de aplicar el cinematógrafo a la Ciencia. Hace pocos meses descubrió el profesor von Rothe un aparato que permite la reproducción, con una fidelidad inverosímil de detalle, de las operaciones quirúrgicas más complicadas. Habíase utilizado ya aquí el cinematógrafo con relativo éxito; pero las fotografías obtenidas antes del invento del doctor von Rothe reproducían únicamente la operación vista de lado, perdiéndose en muchos casos sus momentos principales. El aparato von Rothe, en cambio, colocado no lateralmente, sino encima mismo de la mesa de operaciones, ofrece una visión de conjunto y el espectador o el alumno puede seguir después en la película los movimientos más sutiles del bisturí. Es de tal sencillez su manejo, que el propio cirujano se basta para obtenerla mientras opera, con sólo apretar un botón colocado debajo de la mesa de operaciones.

Otro gran paso en el sentido de la aplicación de la cinematografía a la divulgación científica es la película que con el título «Los principios de la Teoría de la Relatividad» está componiéndose en los talleres de la Colonna Film Gessellschaft.

Cuando comenzó a circular por Berlín la noticia de que alguien se proponía llevar la Teoría de la Relatividad de Einstein al cinematógrafo, muchos lo tomaron a broma. Las mismas escasísimas personas familiarizadas con las ideas de Einstein no acertaban a comprender cómo era posible dar plasticidad y poner en película, al alcance del público profano, razonamientos de índole tan compleja y abstracta. No

obstante, ahí está casi terminada y anunciado su estreno para fines de otoño. La amistad que nos une a los autores del manuscrito, el conocido profesor Nicolai, cuya viril protesta durante la guerra europea contrastó con la cobarde conducta de la intelectualidad alemana, y el doctor Bueck, ha sido la causa de que asistiéramos al proceso de esta película con especial interés.

A fuerza de ensayos y trabajo se ha logrado presentar en encadenación lógica, y de una manera popular, los principios fundamentales de la Teoría de la Relatividad. Puntos que en la lectura de la trascendental obra del gran físico alemán resultan confusos para el lector no iniciado, aparecen aquí perfectamente aclarados. La película parte del concepto inicial del principio de la Relatividad en su forma clásica y va exponiendo sistemáticamente el proceso científico hasta llegar a la teoría de Einstein.

Pero dejemos la palabra a uno de sus autores, el profesor Nicolai:

«La empresa de llevar al cinematógrafo la Teoría de la Relatividad no era, ciertamente, fácil. Apenas se encuentra en la historia de las nuevas teorías geniales y su divulgación un ejemplo mayor de alejamiento entre el pensador y el público. Y no es de extrañar que el desconocimiento de las ideas de Einstein sea tan general, cuando los trabajos de sus predecesores Lorenz y Minkowski han pasado casi inadvertidos. Contrastando con este desconocimiento una admiración sin límites por la Teoría de Einstein, de la cual la mayoria de sus admiradores sólo saben que se trata de algo complicadísimo e interesante.

»Muchas veces me he preguntado qué es lo que induce a tanta gente a sentir ante las teorías de Einstein una tal alegría semi-inconsciente. El secreto está quizás en su grandiosidad. En el vasto campo de las Ciencias naturales hay que volver a Newton, acaso hasta Copérnico, para encontrar un caso semejante. El instinto de la gente ha visto en Einstein el promotor del más magnífico resultado científico que se registra en la historia del pensamiento y la investigación desde hace muchas generaciones. Y por eso estimo la admiración hacia Einstein sincera, auque muchos de sus devotos, si se les preguntase sobre la teoría del maestro, respondieran, un tanto confusos y embarazados, con un simple encogimiento de hombros.

»Los ensayos realizados para poner término a esta situación paradójica, consiguiendo, al menos, hacer digeribles los principios fundamentales de la Teoría de la Relatividad, no habían conducido hasta aquí a ningún resultado práctico. Los escritos sobre Einstein son, a veces, más difíciles de comprender que la Teoría misma. Esto nos hizo pensar en la conveniencia de recurrir a otro nuevo procedimiento de divulgación: el cinematógrafo. Veremos a ver lo que resulta.»

Y ha resultado muy bien. El ensayo, celebrado hace unas semanas ante un círculo estrecho de amigos y admiradores de Einstein y Nicolai, fué para cuantos lo presenciamos una grata sorpresa. Faltan todavía muchas partes por terminar; pero los cuadros compuestos prometen ya una película comprensible, clara y tan interesante como entretenida.

(*El Sol*. Madrid).

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica.